

ALIANZA DE CASAS DE EDUCACIÓN CRISTIANA

MEDIOS DE DESARROLLAR
LA DIGNIDAD Y LA FIRMEZA
DEL CARÁCTER
CON LA EDUCACIÓN

POR
EL CANÓNIGO G. GINÓN

ANTIGUO RECTOR
DEL SEMINARIO DE RONDEAU (GRENOBLE)

OBRA PREMIADA CON MEDALLA DE ORO EN EL CONCURSO DE LA
SOCIEDAD NACIONAL
DE EDUCACIÓN DE LYÓN EN 1871

Traducida al español por ALBERTO LEDUC

... El que no muera para conservar
su honor, será un infame.
Pascal



LIBRERÍA DE LA V^{DA} DE CH. BOURET

PARÍS

MÉXICO

RUE VISCONTI, 23

14, CINCO DE MAYO, 14

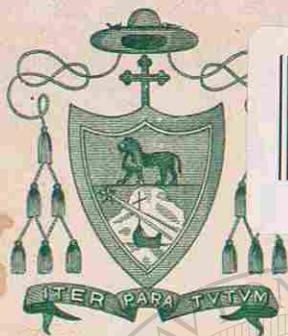
1896

PROPIEDAD DEL EDITOR

3J152
65
C. 1

AL

1015



1080023088

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



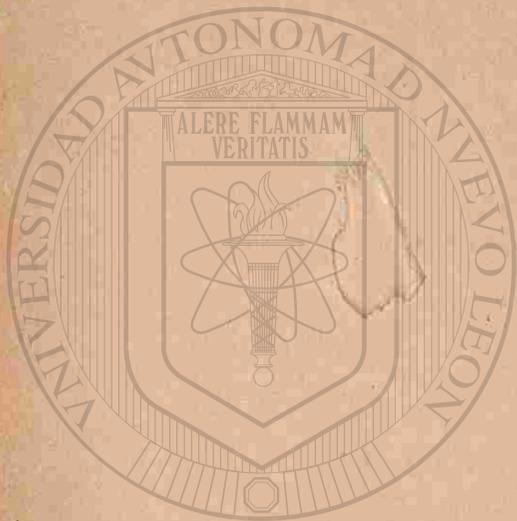
DE DES

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





MEDIOS DE DESARROLLAR

LA DIGNIDAD Y LA FIRMEZA

DEL CARÁCTER

CON LA EDUCACION

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ALIANZA DE CASAS DE EDUCACIÓN CRISTIANA

MEDIOS DE DESARROLLAR
LA DIGNIDAD Y LA FIRMEZA
DEL CARÁCTER
CON LA EDUCACIÓN

POR
EL CANÓNIGO G. GINÓN

ANTIGUO RECTOR
DEL SEMINARIO DE RONDEAU (GRENOBLE)

OBRA PREMIADA CON MEDALLA DE ORO EN EL CONGRESO DE LA
SOCIEDAD NACIONAL
DE EDUCACIÓN DE LYON EN 1871

Traducida al español por ALBERTO LEDUC

... El que no muere para conservar
su honor, será un infame.
Pascual



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERÍA DE LA V^{DA} DE CH. BOURET

PARÍS

23, RUE VISCONTI, 23

MÉXICO

14, CINCO DE MAYO, 14

1896

PROPIEDAD DEL EDITOR

Braine-le-Comte (Belg.). — Imp. de la V^{DA}. de CH. BOURET.

48008

BJ 1525
G 5



Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme a la Ley



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

APROBACIÓN

DEL ILLMO. SEÑOR OBISPO DE GRENOBLE

Grenoble, Mayo 14 de 1872

MI MUY AMADO CURA :

Os agradezco el envío de vuestra *Memoria*, que acaba de premiar la *Sociedad Nacional de Educación de Lyon*. La he leído con vivo interés y me complace daros mi impresión.

Todos los espíritus sensatos reconocen que uno de los signos de decadencia moral de nuestra época, es el debilitamiento de la energía en las almas; y así explican las recientes humillaciones sufridas por la Francia. Al pasar revista á los diversos medios para desarrollar la dignidad y firmeza del carácter por la educación, habéis pues tocado una de nuestras grandes llagas sociales é indicado el remedio más eficaz para curarla. Considerado bajo este punto de vista, vuestro libro es una obra, no sólo de alta filosofía cristiana, sino de verdadero patriotismo; y todos vuestros lectores que se interesen por el porvenir de nuestro desgraciado país, aprenderán el medio de devolverle, formando generaciones más viriles, la grandeza momentáneamente perdida.

La forma de vuestra *Memoria* da un nuevo atractivo á su lectura. Las consideraciones más verdícas se desarrollan en ella, con orden y sencillez, en lógico encadenamiento; el estilo sobrio y puro recuerda á los escritores del siglo XVII, y á nadie extrañará la distinción de que ha sido objeto tan hermoso trabajo.

Esa distinción honra en vuestra persona á todo el clero de mi diócesis. ; Ojalá que vuestro ejemplo le sirva de estímulo para estudios serios! Sabéis cuánto deseo que se eleve á la altura de

011955

nuestra misión, no sólo moral, sino intelectual. Vos, sois uno de mis jóvenes sacerdotes, que más valientemente habéis emprendido esa obra. Caminad con perseverancia en esa vía. Mis bendiciones y mis estímulos no os faltarán nunca.

Recibid, mi querido cura, las seguridades de mi afectuosa estimación en N. S.

† JUSTINO, obispo de Grenoble.

EXTRACTO DEL INFORME presentado en nombre de la Sociedad de educación de Lyon, el 7 de Marzo de 1872, por M. Th. Doucet, antiguo alumno de la Escuela politécnica, agregado de la Universidad y profesor en el Liceo de Lyon.

.....Es imposible analizar esa memoria en algunas páginas. . . es tal la condensación de pensamientos, que un análisis exacto igualaría en tamaño á la obra misma. Lo que he dicho de ella bastará para establecer dos puntos principales, y son : que todos esos pensamientos, sólidos y profundos, que presentan á la vez un carácter eminentemente cristiano y una gran elevación filosófica, son los de un maestro consumado en materia de educación ; y que ese estilo claro, limpio y brillante cuando se necesita, siempre persuasivo y práctico, revela un escritor de incontestable distinción. Así, pues, señores, sin titubear y con la más perfecta unanimidad, le hemos concedido el premio.

ADVERTENCIA

DE LA SEGUNDA EDICIÓN

Varias veces, desde hace quince años, se nos ha instado cariñosamente á reimprimir este librito. El pensamiento de presentarlo más ventajosa y quizá útilmente para el lector, si fuese aumentado con estudios accesorios en proyecto, y otras varias consideraciones nos habían detenido hasta hoy ; pero la libertad de espíritu y el ocio pueden tardar en llegar, y esta segunda edición será, pues, la reproducción exacta de la primera, habiéndosele suprimido una sola cita. La experiencia adquirida durante siete años más de enseñanza, pasados nuevamente en el pequeño Seminario de Grenoble, con el cargo de rector, me permitiría sin duda desarrollar más ciertas ideas y aumentar su interés ; pero en el fondo no las modificaría. Sin duda alguna, es por lo regular más fácil exponer teorías que aplicarlas, sobre todo en materia de educación ; sin embargo, al aplicarlas á medida de nuestros medios, al ver la influencia que podían ejercer, hemos experimentado más de una vez profundos placeres perfectamente conocidos de los hombres que se consagran á educar á la juventud, porque dichos placeres son su primera y acostumbrada recompensa. Así, pues, al exponer los objetos resumidos en este opúsculo, tenemos la esperanza de que no ocasionarán decepción alguna para nadie, y sobre todo de que Dios los bendecirá porque están inspirados únicamente en el deseo de cumplir su obra.

G. GINÓN

Abril 1893.

MEDIOS PARA DESARROLLAR
LA DIGNIDAD Y LA FIRMEZA
DEL CARÁCTER
POR LA EDUCACIÓN

SUMARIO

OBSERVACIONES PRELIMINARES

La educación tiene por objeto *educar* al niño. — La inteligencia y el carácter, su importancia relativa.

El hombre es libre. — Debe comprender y respetar su libertad para ser digno. — Debe practicarla para permanecer firme.

Cómo entendemos la dignidad y la firmeza del carácter. — El ideal pagano. — El ideal cristiano. — La nobleza y la elevación del carácter.

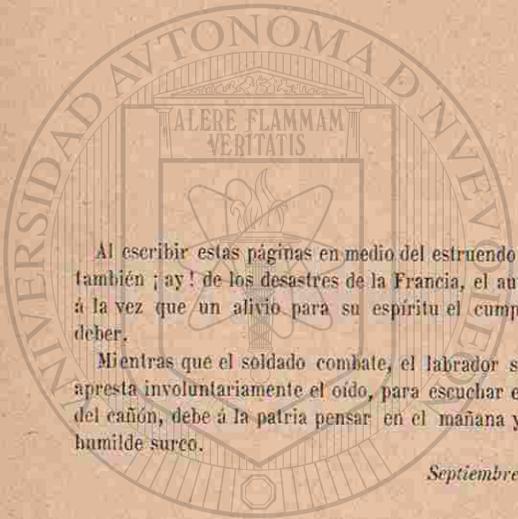
CAPÍTULO PRIMERO

LA DIGNIDAD : LO QUE PUEDE COMPROMETERLA

1

La dignidad y el orgullo.

Primer peligro para la dignidad del niño : necesidad de obedecer á un maestro que mandará mal ó mandará demasiado.



Al escribir estas páginas en medio del estruendo de la guerra y también ¡ay! de los desastres de la Francia, el autor ha buscado á la vez que un alivio para su espíritu el cumplimiento de un deber.

Mientras que el soldado combate, el labrador sin armas, que apresta involuntariamente el oído, para escuchar el rumor lejano del cañón, debe á la patria pensar en el mañana y proseguir su humilde surco.

Septiembre de 1870.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mandar en nombre de la razón. — De qué manera y con qué precauciones.

Mandar en nombre del sentimiento religioso. — El hombre es más *digno*, si obedece á un móvil más elevado.

— El móvil de la santidad. — La humildad, que forma parte de la santidad, ¿es un obstáculo para la dignidad? — Cómo debe comprenderse é inculcarse el sentimiento religioso. — La sinceridad, las convicciones.

Mandar con mesura y sin suprimir la iniciativa de los niños.

Mandar con bondad. — La casa paterna y la casa de educación. — Inconvenientes que hay de mandar con dureza.

2

Segundo peligro para la dignidad del niño : la vigilancia á que debe ser sometido. — Sentimiento íntimo que se hiere con semejante vigilancia. — No destruirlo, respetarlo y sacar partido de él.

Cómo presentar y hacer aceptable la vigilancia. — Reprimir los instintos de astucia, la mentira y la adulación.

Acostumbrar al niño á que no necesite vigilancia. — La vigilancia inglesa.

La vigilancia debe ser atenta ; pero hasta donde sea posible discreta y siempre leal.

3

Tercer peligro : la reprensión. — Dos clases de reprensión. — Ciertos niños no deben ser nunca castigados, ¿por qué?

Cuándo es preciso castigar. — Primer medio de reprensión que debe emplearse : conocimiento de la falta y en caso necesario la compensación ; segundo medio : la reprensión penal, sus peligros para el carácter, medios de disminuirlos.

Aun en la reprensión, respetar al niño. — ¿Puede emplearse la reprensión corporal?

4

Cuarto peligro : la gran influencia de los condiscipulos y otras causas secundarias. — Los menores. — Equilibrio que hay que restablecer. — Por qué medios.

Cuáles son los niños más expuestos á perder su dignidad. — Principios que guardar. — Ejemplos que presentar. Precauciones que tomar.

Influencia de ciertas causas exteriores y secundarias. Los triunfos del escolar — la envidia, etc.

CAPÍTULO SEGUNDO

DE LA FIRMEZA DEL CARÁCTER : LO QUE PUEDE DESARROLLARLA

1

Los principios. La primera educación. — Lo que puede la educación para afirmar todo carácter.

La firmeza — la violencia — la obstinación. — Los niños más jóvenes, sus violencias, sus caprichos, su pusilanimidad. — Escollos que deben evitar los padres.

2

La disciplina y el trabajo. — Cómo y por qué debe aceptarse la disciplina. — El trabajo : — trabajo del cuerpo,

de la inteligencia, de la voluntad. Los esfuerzos que hay que proponer al niño.

La firmeza del maestro ; no es causa de pusilanimidad para el niño.

La austeridad compatible con las circunstancias. — Incomodidades de la vida de escolar. — Felices resultados de una infancia y de una juventud austeras.

Peligros particulares de la molicie. — Las niñas.

La lucha contra las pasiones. — Su importancia.

El orgullo — la violencia — la voluptuosidad.

La constancia en los sufrimientos morales y físicos.

Las malas relaciones entre condiscipulos. — La enfermedad — los pesares de familia.

Cómo levantar y sostener al niño.

El sentimiento religioso. — El temor de Dios, la confianza en Dios, bases ciertas de la firmeza llevada hasta el heroísmo. — Ningún sentimiento puede inspirarla á tal grado. — Por qué.

Los hombres, los jóvenes y los maestros no deben descuidar ese medio de afirmar los caracteres.

OBSERVACIONES PRELIMINARES

La educación tiene por objeto *educar* al niño en todo el amplio sentido de la palabra. Es decir, desarrollar en él las cualidades morales que lo preservarán, ya sea de rebajamientos voluntarios, ya de sujeciones exteriores que no debe sufrir. Sin duda alguna, la inteligencia tiene sus derechos en la educación, necesita ampliarse y elevarse para llegar á esas alturas, desde donde la verdad se descubre en vastos horizontes ; pero el carácter también tiene derechos y necesidades ; y nos es permitido preguntarnos, si, teniendo en el destino de los hombres una importancia, quizá más decisiva que la misma inteligencia, no puede tener por mira honrar y servir á la humanidad ; en una palabra, cumplir su misión con igual éxito.

Convenimos que hay cierta solidaridad entre ambas ; no admitimos fácilmente que una inteligencia elevada vaya unida á un carácter bajo ; á lo menos, reconocemos que un gran espíritu tenga más facilidad que otro para formar y llegar á ser

un corazón grande y firme; pero ¿no hay necesidad de obrar directamente, más directamente quizá de lo que se hace, para formar lo que se llama *la voluntad*?

El niño será pronto ciudadano, y el ciudadano necesita todavía más, haber aprendido á querer enérgicamente lo que le honra, que haber adquirido la ciencia propiamente dicha que le ilumina. El hombre moral merece más atención que el hombre intelectual, y aun cuando no tuviéramos derecho para ver la cuestión bajo un punto de vista tan extenso, puesto que nuestro asunto forzosamente lo limita, creemos, sin embargo, no salirnos de él, señalando á los educadores de la juventud la necesidad de hacer de sus alumnos hombres, más bien que sabios.

Una de las condiciones esenciales, es desarrollar en ellos la dignidad y la firmeza, cualidades preciosas, sin las cuales no hay ninguna elevación posible de carácter.

Entre las prerrogativas más honrosas del hombre, debemos indicar la de determinarse libremente, de no depender en eso, absolutamente más que de sí mismo, y tener en fin en sí, un santuario que nadie puede violar: la voluntad. Ninguna acción exterior puede llegar á hacer que el hombre quiera á pesar suyo: la violencia material, las obsesiones intelectuales, pueden conducirle á

querer lo que no *quería*; pero no á querer lo que no *quiere*. El hombre es libre, y esta es una de sus glorias; en eso ha recibido de su Creador una muestra de deferencia, cuyo alcance debe apreciar; un rasgo de semejanza divina que debe respetar.

Así es que en la plena inteligencia y en la práctica regular de esa libertad, es en lo que se encuentra la perfección del hombre moral; porque el que comprende la libertad, no pondrá nunca su honor en querer una cosa baja é inmoral y el que sabe conservarla, será incapaz de doblegarse, cuando se necesite cumplir el deber que conoce.

La dignidad le enseña á respetar en sí mismo, y á hacer respetar el derecho de hacer su voluntad; la firmeza lo sostiene en el ejercicio de ese derecho. La conexión entre esos dos puntos es evidente, y por eso es por lo que se han podido presentar juntas esas dos cualidades para adquirir la educación: la dignidad y la firmeza. — Sin firmeza, la dignidad es sólo una teoría inaplicada, teoría siempre bella y respetable sin duda; pero en fin, simple teoría que deja echar de menos su inutilidad. Es una espada noble en mano tímida y débil. — Sin la dignidad, la firmeza sólo es una fuerza brutal al servicio de una causa indigna; pierde hasta su nombre de firmeza, para llamarse con uno deshonroso; es la espada noble en manos de un asesino pagado, ó de un tonto.

Cuando hablamos de dignidad y de firmeza, tenemos frente á nosotros un ideal que sólo ha podido dar la civilización cristiana; y ciertamente, no es en Roma ni en Esparta donde buscaremos modelos, porque si allí encontramos ejemplos admirables, vemos allí también hechos excesivos y que sublevan, que repugnan á la naturaleza humana, y hacen dar gracias á Dios



..... de no ser Romano
Para conservar algo de humano.

No queremos hacer de nuestros discípulos Brutos ni Torcuatos. Queremos más y mejor; porque ese patriotismo fanático, fuera de la *humanidad*, ó contra la *humanidad*, no puede ser la perfección *humana*. La organización de los pueblos antiguos, sobre todo del pueblo romano, organización poderosa por la conquista, no era otra cosa que la absorción del individuo por el estado, y este principio que á primera vista parece grande, era en realidad una causa de rebajamiento para los caracteres. La razón es que cada hombre llegaba á ser un *instrumento del reino* y nada más. Apreciamos mejor el sentimiento de ese ilustre cristiano y francés, que amaba más á su patria que á sí mismo, pero que amaba más á la humanidad que á su patria. Además, cuando vemos las civilizaciones antiguas, envi-

lucidas por la esclavitud, casi tanto en las personas de los amos como en las de los esclavos; cuando los vemos admitir esos tratamientos brutales dados á criaturas humanas; cuando leemos en Aristóteles que una buena constitución del estado no admitirá nunca artesanos entre los ciudadanos, renunciamos á buscar allí ejemplos. Tales costumbres desarrollan el orgullo y no la dignidad; la atrocidad y no la firmeza de carácter.

Bajo este doble punto de vista, buscaremos más bien modelos en los siglos XVI y XVII. En medio de locos errores y detestables pasiones, las guerras de religión dieron ocasión á que se revelasen grandes y hermosos caracteres, frutos de enseñanzas inteligentes y graves. Bajo Luis XIII en particular, una atmósfera sana y fuerte de religión y de probidad favoreció educaciones incomparables registradas por la historia. Por otra parte, en todo tiempo encontraremos que admirar y que imitar más alto que César su vencedor, hasta esas víctimas oscuras ó ilustres de las pasiones revolucionarias, víctimas cuyo recuerdo será para siempre un ejemplo de virilidad real, una advertencia saludable, y también, esperémoslo, una salvaguardia de la libertad y de la dignidad humanas. Desde la época notable que acabamos de citar, no se han perdido por todas partes las tradiciones de la noble y fuerte educación cristiana, y podríamos seguir-

las con interés, si los límites de este escrito nos lo permitiesen.

Si encontramos en otros pueblos útiles lecciones, no las desdeñaremos; pero no necesitamos buscar, más allá de la Francia cristiana y católica, un ideal que proponer. Nuestro objeto es formar á los niños en la dignidad y no en la altivez; en la firmeza, y no en la dureza ni la tirantez. Descamos que al respeto para sí mismos, vaya unido el respeto á sus semejantes; que en sus sentimientos de honor, no haya soberbia ni fatuidad, que en su legítima independencia, no haya rebeldía contra sus superiores, ni desprecio para sus inferiores ó iguales. Les advertiremos que no dejen nunca degenerar su firmeza en obstinación ciega, que liguen á ella la indulgencia y algunas veces una condescendencia prudente para las debilidades ajenas; que la revistan con esa dulzura, á la que el Evangelio ha prometido la posesión de la tierra, y con esas formas amables que transforman en seducción, una conquista, por medio de armas de las que se desconfiaría.

Comprendidas así la dignidad y la firmeza, de ellas resultará esa nobleza, esa elevación del carácter que es como su desarrollo.

En primer lugar, sólo la elevación intelectual permite á cualquiera mirar en conjunto, y por consecuencia indulgentemente á los hombres y las

cosas. Nuestra pobre humanidad se deja impresionar con más facilidad por el mal que por el bien ajeno, y no nos permite ver nada defectuoso en nosotros mismos. Examinando las cosas desde más alto, las veremos más completas, y será siempre en provecho de la estimación del prójimo y de nuestro mejoramiento personal. Así, nos costará mucho menos reconocer, que aquellos con quienes vivimos, obran conforme á sus derechos y sus deberes, y no con injusticia y según su capricho, como fácilmente creeríamos si tuviésemos interés en que obraran de diferente manera. Somos muy ingeniosos para justificar nuestros actos, ¿quién sabe? quizá lleguemos á justificar los de los demás. ¿Cómo podría ser que no hubiese también un corazón elevado y grande al servicio de una elevada inteligencia? ¿Cómo las mezquindades y las bajezas tendrían cabida en ese corazón, que comprende las grandes cosas, y no puede por lo mismo prohibirse amarlas? La grandeza de alma, la generosidad, los sacrificios de todas clases, germinarán allí naturalmente; y allí será preciso buscar, con la indulgencia para los hombres, el respeto para los principios; con el olvido de sí mismo, la constante preocupación por el bien público; y con la modestia del sabio, la elevación de miras de todo el que sabe apreciar y respetar el privilegio de su libertad.

las con interés, si los límites de este escrito nos lo permitiesen.

Si encontramos en otros pueblos útiles lecciones, no las desdeñaremos; pero no necesitamos buscar, más allá de la Francia cristiana y católica, un ideal que proponer. Nuestro objeto es formar á los niños en la dignidad y no en la altivez; en la firmeza, y no en la dureza ni la tirantez. Descamos que al respeto para sí mismos, vaya unido el respeto á sus semejantes; que en sus sentimientos de honor, no haya soberbia ni fatuidad, que en su legítima independencia, no haya rebeldía contra sus superiores, ni desprecio para sus inferiores ó iguales. Les advertiremos que no dejen nunca degenerar su firmeza en obstinación ciega, que liguen á ella la indulgencia y algunas veces una condescendencia prudente para las debilidades ajenas; que la revistan con esa dulzura, á la que el Evangelio ha prometido la posesión de la tierra, y con esas formas amables que transforman en seducción, una conquista, por medio de armas de las que se desconfiaría.

Comprendidas así la dignidad y la firmeza, de ellas resultará esa nobleza, esa elevación del carácter que es como su desarrollo.

En primer lugar, sólo la elevación intelectual permite á cualquiera mirar en conjunto, y por consecuencia indulgentemente á los hombres y las

cosas. Nuestra pobre humanidad se deja impresionar con más facilidad por el mal que por el bien ajeno, y no nos permite ver nada defectuoso en nosotros mismos. Examinando las cosas desde más alto, las veremos más completas, y será siempre en provecho de la estimación del prójimo y de nuestro mejoramiento personal. Así, nos costará mucho menos reconocer, que aquellos con quienes vivimos, obran conforme á sus derechos y sus deberes, y no con injusticia y según su capricho, como fácilmente creeríamos si tuviésemos interés en que obraran de diferente manera. Somos muy ingeniosos para justificar nuestros actos, ¿quién sabe? quizá lleguemos á justificar los de los demás. ¿Cómo podría ser que no hubiese también un corazón elevado y grande al servicio de una elevada inteligencia? ¿Cómo las mezquindades y las bajezas tendrían cabida en ese corazón, que comprende las grandes cosas, y no puede por lo mismo prohibirse amarlas? La grandeza de alma, la generosidad, los sacrificios de todas clases, germinarán allí naturalmente; y allí será preciso buscar, con la indulgencia para los hombres, el respeto para los principios; con el olvido de sí mismo, la constante preocupación por el bien público; y con la modestia del sabio, la elevación de miras de todo el que sabe apreciar y respetar el privilegio de su libertad.

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA DIGNIDAD DEL CARÁCTER — LO QUE PUEDE
— IMPEDIR SU DESARROLLO



I La necesidad de obedecer

Como se ha dicho ya, la dignidad es un sentimiento que inspira al hombre el respeto para sí mismo, para su honor y para su legítima independencia. No existe en su plenitud, sino con la condición de inspirar el mismo respeto para el honor y la legítima independencia de cualquiera que pertenece á la humanidad, por consecuencia de la solidaridad del honor humano, que hace que el deshonor de nuestros semejantes recaiga fatalmente en nosotros mismos.

De ahí se sigue en rigor, que la dignidad no es el orgullo; porque el orgullo « hace á los hombres idólatras de sí mismos, y los haría tiranos de los demás, si la fortuna se lo permitiese » (La Rochefaucauld). Se comprende pues que la dignidad es un instinto de protección y de defensa, y no de

agresión; porque el que no se respetase á sí mismo, no respetaría los derechos de otro; un instinto de nobleza y no de dominación, porque el que quiere dominar « tiene habilidades que no pueden representarse, sus transformaciones sobrepasan las de las *Metamorfosis*. Forma afectos y odios tan monstruosos, que cuando los pone á las claras, los desconoce y no puede resolverse á confesarlos. » (Ídem).

Cuanto más hay que evitar al niño que sea orgulloso, puesto que se rebajaría, tanto más hay que enseñarle á ser digno para que se eleve. Así pues, el simple hecho de que el niño debe recibir órdenes y obedecer, puede ser un peligro para su carácter en lo que se relaciona con la dignidad; y consideramos como punto fundamental, la manera como deba pedirse la obediencia. Esta es la primera observación que tenemos que someter al maestro ó á los padres. Están expuestos á dar órdenes insuficientemente motivadas ú órdenes demasiado frecuentes: dos graves escollos que es preciso evitar.

Si el maestro se presentase inconsideradamente como motor que deba poner á un autómatas en movimiento; si todavía se presentase como una regla viviente, que no tiene más que imponerse, sin ser discutida ni comprendida, entonces el niño se rebajaría realmente; primero porque no haría uso de su razón, y se vería reducido á un papel

mecánico, y además, porque, *en si*, todos los hombres son iguales, y someterse á otro sin ningún motivo y fuera de la voluntad de éste, es decaer. Pero si previene y persuade á su discípulo de que al obedecerle, obedece, no á él que es un hombre, sino á la razón que está por encima de todos los hombres y á Dios que la personifica; entonces el niño no solamente no decae, puesto que obedece á una autoridad necesaria y aceptable, sino que obra por sí mismo y por su propia elección, puesto que encuentra en sí y en su inteligencia, una orden conforme á la que se le ha dado. Y suponiendo que en los detalles no pueda hacer constar esta conformidad, sabe sin embargo, que cuando sea más grande y esté mejor informado, se dará cuenta de ello. Obra con confianza y tiene *razón*. « No creáis á Sócrates; creed á vuestra razón, que Sócrates os enseña á conocer. »

Esto hace que los padres deban desde temprano y hasta donde sea posible, dar la razón de sus órdenes; pues se permiten fácilmente dar á los niños, contestaciones burlescas que no les enseñan nada y que pueden falsearles el espíritu. En ciertos casos, puede necesitarse salir avante, de cualquier manera, porque no todo puede decirseles; pero que este caso sea raro, y que se preocupen de ello los padres, aun para con los niños más pequeños, tan luego como puedan comprender.

Ante todo pues, importa que el niño sepa que

no se le impone una voluntad personal; sino una orden razonable, que el mismo se impondría, si hubiera adquirido el desarrollo de inteligencia á que puede llegar. Para esto, lo más ventajoso es darle una contestación breve y decisiva, pues no se comprendería que el maestro la rehusase, por tirantez inhábil y no previniere la pregunta, cuando está prevista y es legítima. Cuando el niño es *razonador* por costumbre ó por capricho de espíritu, sería perder el tiempo é ir por mal camino, si se le siguiera; pero fuera de esa suposición creemos que debe mantenerse dicho principio. Sería sobre todo impolítico y contrario á los verdaderos principios, considerar como un acto de insubordinación, todo intento de discusión del alumno con el maestro, cuando la forma es conveniente; y con mayor razón, mantener con la autoridad una decisión injusta, esto sería la ruina de esa autoridad, porque sería la ruina del respeto que le es debido.

La campaña más triste es, en todo caso, aquella en que el niño resiste á las exigencias del maestro, por verdadera dignidad; desgraciadamente este caso no es quimérico.

Así, pues, lo decimos con convicción é instancia á los maestros: No obréis nunca, sino con toda seguridad, y sabed esperar la certidumbre, cuando la deseáis vivamente; desconfiad en particular de las impaciencias de reprensión.

Cuando un niño, abordándoos á solas, y por consecuencia sin que vuestra autoridad pueda comprometerse exteriormente, os presenta, respecto á una medida tomada para con él, ó respecto á un juicio de que haya sido objeto de vuestra parte, observaciones en las que no podéis hacer constar más que el uso legítimo de su libertad, y no la insumisión ni la impolítica, animadle, no le rechazéis; atestigüadle que os causa gusto ver en él, que se preocupe por su dignidad y su reputación, que sentiríais mucho que no fuese así; y si sus argumentos destruyen los vuestros, tened valor para confesarlo.

Estimamos fácilmente á los que nos estiman, nuestro corazón se enternece espontáneamente para con ellos, y os haréis quizá un amigo del que pudiera haber sido un rebelde y un enemigo. Á lo menos, le habréis enseñado seguramente á ser digno, y nada os será tan fácil como aparecer digno también vos, pues eso está en la situación.

Para decir todo lo que pensamos, llegaremos hasta suponer que la observación del alumno revistiese una forma defectuosa respecto á la urbanidad; pensemos que ese defecto de forma no debe motivar una *no-aceptación* definitiva, puesto que no puede legitimar una injusticia; y por otra parte, habréis conquistado una posición bastante ventajosa con vuestra calma y equidad, aun en presencia de una inconveniencia. No olvidemos tampoco, que

cuando las reclamaciones no pueden hacerse abiertamente, son por fuerza reemplazadas por quejas sordas, por manifestaciones de descontento no confesadas, por conspiraciones vergonzosas contra el orden, que en definitiva, son una cobardía, y acostumbran al niño á vías subterráneas en absoluta incompatibilidad con el honor. Demasiado sabido es lo que llegan á ser esos rebeldes, esos conspiradores de colegio, que se acostumbran á ver enemigos en los maestros, y que serán los adversarios naturales é infatigables de todo gobierno del que no formen parte. Esos niños sin duda alguna, tienen instintos deplorables; pero se debe hacer ó evitar todo lo que es humanamente posible hacer ó evitar para detener semejante desarrollo y será el mayor servicio que pueda hacerse á la sociedad.

Estas reflexiones son tanto más importantes, que después de todo, la palanca principal y esencial en la educación, es el asentimiento del niño á la dirección que se le da. Fuera de este asentimiento, podréis obtener el orden material, y no será poco, bajo el punto de vista general, en una casa de educación; pero no obtendréis nada más, y esto es un resultado absolutamente insuficiente. Si el niño se resiste en su interior, ó lo irritáis ó lo rebajáis, no hay medio posible. No hay inconveniente, si es preciso, en hacerle notar, que no puede hacerse nada de él, si no consiente, y que en último aná-

lisis, él es quien tiene el gobierno de sí mismo.

Muchas veces hay que habérselas con naturalezas desconfiadas, que prefieren hacer su capricho aunque hagan el mal; estas naturalezas exigen extremos cuidados y un raro discernimiento. Con ellas, está uno expuesto á muchos fracasos, porque no es fácil agradarles y mucho menos hacerles aceptar cualquiera autoridad; pero sería inexcusable no intentar todos los medios, sobre todo el de la dulzura y el de la insinuación. El que teniendo la llave de una cerradura se obstinase en forzarla, cuando con un poco de aceite se facilitaría abrirla con la llave, sería un inhábil por lo menos; así pues, es indispensable llegar á hacer mover sin esfuerzo el resorte de un niño de semejante carácter, pues de otra manera, se le rompería ó se rompería uno mismo. Mucha, mucha paciencia y dulzura, sin poner en tela de duda vuestra autoridad. Lo esencial es hacer que el niño acepte vuestra dominación; procurad ante todo, no hacerlos imposible, y no crearos una situación en la que su mala voluntad os impida avanzar, y en la que el cuidado de vuestra autoridad no os permitiría retroceder; es un paso en el que no debéis meteros, sino en el caso extremo en que, seguros de vuestra impotencia, queráis definitivamente descargaros de él.

El gran arte consistiría en persuadirle que desconfiara de su apreciación personal, cuando contradice la del maestro, y hacerle comprender, que

no es vergonzoso para él, tener menos experiencia que las personas mayores, y que, con su insubmisión obstinada, se expone á la inevitable humillación de reconocer más tarde que se ha engañado.

Cuando se ha obtenido ese resultado, está dado ya el impulso en buena dirección, y no hay más que evitar las desviaciones, á medida que se indican ó se dejan prever.

Es pues de todo punto necesario, someter al niño á las órdenes de la razón, y no á órdenes simplemente humanas ó personales; para esto se hace preciso no dejar nunca traslucir la arbitrariedad ni el capricho. El capricho es una cosa baja, puesto que es la manifestación de una voluntad degenerada, y siendo muy digno ser esclavo de la razón, es muy poco honorable ser instrumento de un capricho, instrumento más bajo todavía que la mano que lo emplea. El alumno obedecerá con mayor gusto, y con más probabilidades de no rebajarse, si el maestro sabe obtener el respeto, con su gravedad y con la elevación y serenidad de su razón, y sobre todo con el exacto cumplimiento de su deber. El temor que se inspira al niño, no es entonces sino el respeto tomado en su acepción más elevada, y tal temor honra á quien lo inspira y á quien lo concibe.

Dirigirse á la razón del niño para que obedezca,

es el medio de dejarle su dignidad; pero se puede, como lo hemos indicado ya, de paso, dirigirse á algo más alto que á su razón, y encontrar así, en vez de un peligro de rebajamiento, una nueva nobleza. En la oración fúnebre de la reina de Inglaterra, Bossuet, después de haber hecho constar la relación que tenemos por parte de nuestro cuerpo, con la naturaleza cambiante y mortal, hace notar que « tenemos por otra parte, relación íntima con Dios, porque Dios ha puesto algo en nosotros que puede someterse á su soberano poder. » Debemos, en efecto, buscar en esa sumisión, uno de nuestros títulos de grandeza; porque nada es más capaz de elevarnos, que esa perpetua conformidad con la soberana sabiduría, á la que nada puede rebajar ni hacer titubear.

Lo que da la medida de la elevación de un corazón, es el móvil al que obedece; y esa verdad se hace constar tanto en el mundo moral, como en el mundo físico. Cuando vemos á alguien obrar por interés ó por avaricia, sólo esperamos resoluciones conformes al instinto que le guía; si obedece á pasiones bajas, nos parece que á cada instante vamos á verle caer y mancharse. Pero si por el contrario, el bien de la humanidad es su objeto, esperemos toda clase de determinaciones grandes y hermosas; si, yendo más lejos, renuncia á sus satisfacciones personales y no teme rehusarse aun las más legítimas para estar menos expuesto más

tarde á los desfallecimientos; si en otros términos, tiene por mira ese ideal realizado por San Vicente de Paul, San Francisco de Sales, etc., y que se llama la *santidad*; si no sufre otro impulso que el de la voluntad divina, entonces llegará hasta donde la naturaleza humana es capaz de llegar, á esas alturas serenas en donde la dignidad del carácter está al abrigo de toda fluctuación y de toda baja.

Aquí queremos anticiparnos á una dificultad, en la que se ha pensado ya quizá y que importa resolver. El ideal de la dignidad humana, hemos dicho que se encuentra en el cristianismo y en los santos que ha producido; ¿qué debemos pensar pues de esa virtud esencial del cristianismo, indispensable para la santidad, y que se llama *humildad*? La humildad que no conocían los antiguos y cuya etimología recuerda entre los latinos la idea de baja!

Si hay en este opúsculo una cuestión que deseamos tratar y desarrollar convenientemente, es ésta, pues toca á muchas preocupaciones, y merece desprenderse enteramente de ellas. Sin embargo, nos esforzaremos en ser breves. ®

Si alguien, queriendo practicar esa humildad cristiana, llegase á ser bajo y abyecto, y justificase así las desdeñosas críticas de que dicha humildad es objeto, ése habría comprendido mal é imitaría muy poco al Dios hecho hombre, que quiso darnos el ejemplo.

Para convencerse de ello, basta haber leído el Evangelio; y en verdad, todos comprenderán y conservarán su dignidad, como la comprendía y la conservaba el Hombre-Dios, de quien Rousseau dijo en un arranque de sinceridad: « ¡ Qué elevación en sus máximas! ¡ Qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡ Qué imperio en sus pasiones! ¡ En donde está el hombre, el sabio que sabe obrar, sufrir y morir sin debilidad ni ostentación? » Y en efecto, la humildad cristiana es, ante todo, la verdad; de la misma manera que el orgullo es la mentira por excelencia; y la verdad, como fácilmente se comprende, no puede tener consecuencias inmorales ni rebajar á nadie.

La humildad cristiana consiste en no buscar nunca nuestra gloria con perjuicio de Dios, y en arreglar el deseo natural de obtener la estimación de nuestros semejantes. Faltará á dicha humildad el que se atribuya la gloria de sus ventajas naturales, lo cual es á la vez una puerilidad y una mentira; y aquel que por una satisfacción de orgullo ó por un deseo de estimación injusto ó mal colocado, faltase á alguno de los deberes para con Dios, que sólo nos los impone honorables.

Como aplicación de este principio, veamos por una parte la conducta del orgulloso, y por otra la del humilde; examinemos de qué lado se encuentra la dignidad y de qué lado la bajeza.

El orgulloso va en pos de la estimación; la ver-

dad le importa poco; no teme atribuirse méritos de que carece; el deseo de su propia excelencia lo llevará naturalmente á despreciar el mérito ajeno y podrá llegar hasta desear ó procurar su inferioridad real, para asegurar mejor su triunfo. Agreguemos para completar el cuadro, que su preocupación principal no consiste en ser, sino en parecer; y por consecuencia, sacrificará gustoso la realidad de una virtud á su apariencia. No insistamos más, si la bajeza no se encuentra allí; en dónde se halla entonces? Y no se diga que cargamos el cuadro con colores sombríos; basta para constancia mirar la tendencia del orgullo, y dicha tendencia es indiscutible.

El hombre verdaderamente humilde no buscará la estimación de sus semejantes; pero, acaso por eso la merecerá menos? Si busca disimular sus virtudes y sus cualidades, si las ignora; será este hecho menos honorable que atribuirse las que no tiene? Procurará poner de relieve todo lo que honre á sus semejantes, pero esto será impulsado por un sentimiento sincero, que prueba que es capaz de estimación; lo cual es, como para el respeto, tan raro como ser digno.

De cualquier modo, así como le complace ver que á los demás se les considera más que á él, así también y con mayor razón, le complacerá que dicha consideración se deba á una superioridad real. Así pues, ahora preguntamos, ¿ quién está

más expuesto á cometer una bajeza y quién á obrar con rectitud, el humilde ó el orgulloso envidioso? Y para reasumir todo, ¿cuál creeremos que nos ofrezca mayores garantías de honor, el mérito real que se oculta ó el mérito aparente que desea exhibirse, ó aun el mérito real que quiere gozar de la estimación que cree merecer?

Nos parece que puede encontrarse en estas líneas la solución en germen de todo lo que se relaciona con la cuestión de que tratamos; pero queremos, para no descuidar nada, decir algo respecto á ese sentimiento que muchos hombres no pueden comprender, el perdón de las injurias; más aún, en los casos heroicos, la aceptación de las injurias, con alegría de corazón y á costa del desprecio público. El ideal de la dignidad y la nobleza no consiste en desafiar á la injuria que llegue á la altura de nuestros desdenes; consiste sencillamente en no dejarnos alcanzar por la injuria, ni en nuestra serenidad, ni en nuestra indulgencia. Si el injuriado llega á tener miedo del que lo injuria, y por consecuencia sufre cobardemente la injuria, aplastándose bajo su golpe, éste, sí, convenimos en que se rebaja y cae; pero si por el contrario, poniéndose muy por encima del insultador é impulsado por un sentimiento de indulgencia le perdona; si queriendo semejarse al Hombre-Dios, le desea y le hace bien; si para destruir en sí mismo todo sentimiento de orgullo, se consuela y aun se feli-

cita de no obtener el respeto al que tendría derecho y piensa que ese será motivo para procurar merecerlo, si en una palabra, saca como consecuencia que está muy lejos del ideal de perfección digno de alabanza y estimación, y que debe trabajar en llegar á él, para gloria de su Creador; entonces, preguntamos ¿este ser carece de nobleza y dignidad? ¿no está cien veces más alto que el que contesta la injuria con la injuria que le rebaja, ó con el duelo que nada prueba?

Y si no podemos imitarle, admirémosle al menos.

Las cortas reflexiones que preceden nos parecen decisivas, y creemos tener derecho en considerar el sentimiento religioso, como el medio más poderoso, que debe emplear la educación, con el fin especial de desarrollar la dignidad en los niños. Pero de la misma manera que la honradez, de la cual es una forma, la dignidad puede también ¡ay! existir solamente en la superficie y en apariencia. Y á este respecto dice Juan-Jacobo Rousseau, « si un Francés honrado se viese expuesto á perder su butaca una noche de primera representación en la Ópera, y para asegurarla le bastase hacer un gesto por medio del que, sin que lo supiera nadie, muriese un mandarín chino, el pobre mandarín se vería muy en peligro. »

No hay pues que atenerse á las consideraciones del honor humano. Desde los primeros años, el

padre y la madre deben enseñar al niño que por encima de su autoridad, que es secundaria y limitada, hay otra, soberana y absoluta, que honra á los que á ella se someten. « *Cui servire regnare est*; » que junto á su vigilancia, que es insuficiente, hay otra para la que nada se escapa, y de la que es preciso hacer la centinela permanente del honor humano; que después de su reprehensión, cuando es necesaria, hay otra temible y definitiva, que debe sostenerlos contra toda tendencia á rebajamientos culpables; porque jamás venderá su conciencia ni su honor, el que los estima en un precio infinito al que nada se aproxima en este mundo.

Con estos principios que deben aplicarse al detalle, y siempre, entiéndase bien, de una manera proporcionada á la inteligencia del niño, se le inicia desde temprano en la necesidad de poner por encima de todas las apreciaciones y de todas las debilidades, una ley infalible, á la que puede y debe sujetarse, seguro por otra parte, de que mientras más se conforme con ella, más digno será de merecer la estimación.

Es preciso convencerse bien de que esas primeras impresiones son regularmente las únicas duraderas, y que difícilmente se llegará á sufrir la influencia de las ideas religiosas, si no se encuentra en los primeros recuerdos, algo que las recuerde eficazmente. Se nos dirá quizá con Rousseau, que

dar ideas religiosas en una edad en que el espíritu es tan dócil, que sólo desea creer, es hasta cierto punto invadir la dignidad del niño; pero contestaremos que, desde las primeras nociones, se puede y se debe darle cuenta *razonablemente*, y que según eso, se suprime el inconveniente, porque no va en ello la dignidad de sacudir el yugo de la razón, como librarse, por ejemplo, del yugo de la gramática. Además, todos saben que no hablar de Dios, sino en el momento en que se desencadenan las pasiones, es lanzar al viento semilla que no caerá en el suelo, al que va destinada. Y si se nos hace observar, que la razón del hombre, aun el más sensato, no ha sido llamada á darse cuenta de lo que debe creer en nombre de la Religión, esta razón se encuentra necesariamente rebajada, en detrimento de la dignidad del hombre por la Fé á que se somete; y que en consecuencia á mayor título en el niño. Á esto contestaremos, que no sólo la Fé se impone así, que también la experiencia diaria se impone á nuestra razón, puesto que nos provee de hechos, cuyo *quomodo* ó naturaleza íntima se nos escapa, lo mismo que la comprensión de ciertas verdades religiosas; que no rechazando por tal motivo las verdades de la experiencia, no tenemos tampoco derecho para rechazar las verdades de la fé; que admitiendo sin discutir la germinación de las plantas ó los fenómenos nerviosos, por ejemplo, de los cuales, en verdad, no com-

prendemos nada, podemos también, muy sensatamente, admitir la existencia de Dios, ó su *presencia real* en la Eucaristía, puesto que está probado en fin, que no hay deshonor ninguno ni baja en admitir esas verdades, ni para el niño ni para el hombre.

Sin embargo, y aquí entramos á lo más vivo de nuestro asunto, sea que se trate de los primeros años, durante los cuales sólo la familia ejerce influencia, sea que se trate de los años siguientes, en que los estudios traen consigo la influencia de los condiscípulos, de los maestros, y del espíritu de una casa de educación ó escuela; es preciso evitar á toda costa que esas ideas religiosas y las prácticas que de ellas resultan, sean producidas por un exceso de ejemplo y no de convicción. Porque, tan reprensible es la cobardía del que no se atreve á ser religioso como la debilidad del que sólo es religioso, impulsado por una imitación servil. Y, entiéndase bien, que no queremos hablar aquí de ese vicio repugnante llamado *hipocresía*, pues no necesitamos demostrar su baja; queremos señalar esa ligereza inconsciente, á consecuencia de la cual el alumno ora, sólo *por orar*; y sólo cumple sus deberes religiosos, porque los demás los cumplen.

Sin duda alguna, el hecho de ligereza atenúa el inconveniente que de ello resultaría para su carácter; pero sin embargo, no es menos cierto que

si la dignidad no sufre positivamente, permanece privada de su inspiración natural, elevada y segura. Es preciso pues, ante todo, apresurarse á dar convicciones serias sobre la religión, convicciones á toda costa, y no solamente impresiones ó hábitos instintivos, porque las impresiones desaparecen á la primera distracción, y los instintos se sofocan tan luego como nace una pasión cualquiera.

El cristianismo, en general, y el catolicismo, en particular, están bastante bien fundados en pruebas, y soportan el examen, para merecer y obtener convicciones sólidas. Hacedlo examinar, seguramente que convenceréis, y tendréis alumnos que serán más tarde hombres modestos y dignos.

Acabamos de ver que para no comprometer la dignidad del niño, es preciso pedirle obediencia, en nombre de lo que tiene derecho de imponérsela: la razón y Dios; pero esto no basta. Para ordenar como se debe, es decir, para ordenar sin que se rebaje aquel que debe obedecer, es preciso no ordenar *demasiado*; y quizá contra este principio se peca con frecuencia, cuando no se tiene cierta experiencia y cierto hábito de tratar á los niños. Primeramente, á ellos les agrada no tener que reflexionar, y como se necesita reflexionar para determinarse por sí mismos, se abandonan á menudo á la obediencia en detalle por un instinto de pereza;

la orden que les llega representa en efecto un trabajo menos, un esfuerzo menos que hacer. Después de haber señalado esta tendencia, apenas si necesitamos indicar las funestas consecuencias que acontecimientos recientes nos han permitido hacer constar. ¿Qué azote son todas esas gentes honradas dispuestas á dejarlo hacer todo y á soportar todo en la administración y el gobierno de la cosa pública, con tal que no se les imponga el cuidado ó la iniciativa de cualquier cosa, concediendo genio á todo el que tiene la presunción y la audacia necesarias para dispensarlos de ocuparse en otra cosa que no sean sus asuntos privados, y después se admiran de ver llegar semejantes catástrofes! Como si la abdicación por parte de unos, no tuviese como corolario inevitable las empresas abusivas por parte de los otros.

Importa mucho no favorecer esa pereza de iniciativa, pues rebaja inevitablemente el carácter, ya sea acostumbrándolo á una flexibilidad excesiva, incompatible con la dignidad, ya, y esto es más grave, exponiéndolo para lo futuro á la indecisión, que, según Balmes, nulifica la voluntad como el escepticismo nulifica la inteligencia. Aquel que por sí mismo no se ha gobernado, ni obrado ni pensado por decirlo así, difícilmente será lo que queremos que llegue á ser por medio de la educación. No se atreverá ó no sabrá resolverse, y pedirá á otro sus resoluciones; si las toma por sí mismo

será incapaz de mantenerlas, porque le faltará seguridad, sangre fría ó mesura.

Creemos que este inconveniente es más temible en las jóvenes, porque cuando más tarde sean esposas y madres de familia, están llamadas á obedecer por una parte y á ordenar por la otra, desempeñando así un papel más difícil que el del marido. ¿Están mejor preparadas? ¿Lo desempeñan bien? ¿No han sido con frecuencia separadas de la dirección de ciertos negocios, cuando su espíritu más desligado y su genio más flexible sería de gran utilidad, si no estuviesen acostumbradas á un papel pasivo y sin iniciativa y á una subordinación excesiva? Hacemos estas preguntas sin contestarlas, y sencillamente para llamar la atención.

Como aplicación práctica de lo que acabamos de decir, evítese siempre que el niño permanezca en la indolencia, y combátase en él la tendencia á no emprender nada por sí mismo. Intervéngase cuando sea necesario; pero nada más, y sencillamente para guiarlo. Cuando un gesto baste para tal objeto, no hagáis más que ese gesto; cuando vuestra dirección pueda bastar para veinticuatro horas, no la hagáis sentir más ni menos tiempo; cuando baste dar indicaciones respecto á la esencia, no os ocupéis de los detalles; sobre todo, no pidáis nunca imperativamente más que lo que realmente tengáis

derecho de pedir así; y si podéis prever una resistencia, ved si hay oportunidad de urgirla, como va á ser necesario; ó si por el contrario, hay más ventaja en esperar y en esquivar la dificultad sin que lo parezca.

Obrando así, se obtiene doble provecho; en primer lugar no os usaréis, y en segundo, y éste es nuestro principal objeto, no nulificaréis al niño.

No necesitamos recomendar que no se comprima en los niños la necesidad que tienen de movimiento y ejercicios ruidosos; esto equivaldría á encerrar sus miembros para impedirles que crecieran, y la violencia sería mucho más tiránica, pues es una necesidad física é imperiosa. Precavase de la impaciencia y el malhumor que todo esto pueda ocasionar, pues nada tortura tanto á un niño, como hacerle observaciones continuas á este respecto; si os es imposible dejarles un espacio suficiente y libre, tened paciencia, y no dejéis traslucir que os molesta, el niño os lo agradecerá y habréis hecho un acto de bondad. Además, en general, los niños flojos é inertes nos parecen inspirar más inquietudes y despertar menos simpatías.

No olvidéis tampoco que cuando se trata de vocación sobre todo, es cuando hay que tomar toda clase de precauciones, y tener para el niño todas las respetuosas atenciones de que acabamos de hablar. Dios ha puesto en cada uno de nosotros

una aptitud especial y también un atractivo especial; y combatiendo la una ó violentando el otro se llega á la impotencia y al desorden, y se rompe por decirlo así el resorte humano. ¿Quién no conoce los prodigios de obstinación de ciertas naturalezas para resistir á una dirección que les repugna, y los heroicos esfuerzos de que son capaces para llegar á sus fines cuando han conseguido conquistar su vía? Y admitiendo que no llevaseis al niño á esas resoluciones extremas, porque su alma no estuviese fuertemente templada todavía; ¿no es evidente que su energía se disminuirá, y con la energía la dignidad que la inspira y que obligáis á capitular?

Es también incontestable, y esto se adivina, que hay que evitar dicha presión, tanto más cuanto que encuentra poca resistencia; pues al que tiene poco, no hay que quitarle lo poco que tenga. ¿Qué independencia de carácter podemos esperar del que no haya sabido guardarla, en una circunstancia tan importante, y en la que se encuentra directamente interesado? Si hay un caso, según el pensamiento de Fenelón, en que sea preciso *seguir á la naturaleza y ayudarla*, es este con toda seguridad. ®

Sobre todo, ¡ que los padres no destinen nunca de antemano á sus hijos á tal ó cual carrera! el menor mal que debe esperarse de esa determinación, es que esos niños, metidos en un molde, por decirlo así, en un molde, que debe modelar su

iniciativa y sus resoluciones, perdiesen así su personalidad y llegasen á no sospechar siquiera que sus almas tienen vida propia y deben desarrollarse espontáneamente so pena de no existir. Se dirá quizá que hay seres insignificantes y nulos que no tienen instintos para nada, si no es para el reposo; estas clases de *fenómenos* son raros felizmente, y si algunos niños no acusan de una manera precisa cualquiera tendencia, es casi inaudito que no dejen ver absolutamente ninguna, vagamente á lo menos. Es preciso entonces, ayudarlos á esclarecer ideas confusas y á reconocerse, pero animándolos á hacer por sí mismos su elección, lo cual es muy importante, bajo el punto de vista que nos ocupa.

He aquí lo que toca á los principios; convendremos en cuanto á la práctica, que la aplicación debe hacerse con discernimiento, es decir que en muchos casos las ideas del niño necesitan modificarse con la experiencia de los padres, ya sea porque lo que piense es irrealizable, ya porque se deje guiar en su elección por arranques irreflexivos, apasionados ó ligeros. Pero es preciso tener bien en cuenta sus deseos, mientras más concuerden con sus aptitudes probables; pues se comprende que de otro modo su carácter estaría expuesto á rebajarse, y habría una desviación muy considerable entre sus proyectos personales y la carrera que le fuese impuesta. Por otra parte, es claro que el peligro no será enorme si se hace un tejedor en vez de un

sombrerero; pero si será de consecuencias, si se forma un médico en vez de un abogado, ó un hortera en vez de un pintor.

La dignidad, para desarrollarse completamente, pero sin exageración, necesita ser ayudada ó por lo menos que no se la comprima; pues la resistencia que encontrase tendría por resultado inevitable destruirla de antemano ó transformarla en un sentimiento de rebelión y, por consecuencia, de orgullo. Es necesario ordenar con bondad á la vez que con firmeza.

Un maestro duro, desagradable y brutal, será para la mayor parte de los niños, lo que son las nieves perpetuas para las plantas que necesitan el sol para florear. El niño tiene motivos serios, para temer desagradar con una actitud un poco independiente, aun cuando sus derechos fuesen ciertos, pues tiene gran trabajo para evitar malas acogidas que una docilidad extrema no conjuraría. Por lo menos, le queda la aprensión muy natural de engañarse y por consecuencia, de correr el riesgo de ser llamado bruscamente al orden. Nueve veces en diez, no se atreverá á chistar palabra aun cuando lo necesite, ya fuese para formar su juicio por medio de la explicación que obtuviese, ya sobre todo para enseñarse á no ceder ante una voluntad extraña justa ó injusta.

Así sucederá siempre, y principalmente cuando

el niño se encuentre transportado sin transición de la casa paterna al colegio, de las faldas de la madre á las bancas de la clase. ¿Y cómo no intimidarse, si en vez de la mirada acariciadora que lo alentaba en el hogar y de las palabras de ternura que acompañaban á los más merecidos reproches, sólo escucha ya una voz que se esfuerza en hacerse temible, y sólo ve miradas amenazadoras? Tenemos ciertamente bastantes probabilidades ya con eso, para no ganar el corazón de los niños, precisamente porque para este objeto, la voz de la sangre no habla ni en ellos, ni en nosotros; no hay pues que empeorar nuestra situación y hacer más difícil nuestra tarea. Tenemos que guiarlos, no que *reducirlos*, en la generalidad á lo menos; y si aun en este último caso deben convencerse de nuestra benevolencia, con mayor razón cuando sólo desean hacer el bien.

Se nos objetará quizá, que sólo la inexperiencia puede permitirse apreciaciones tan optimistas respecto á los niños y jóvenes: precisamente creemos lo contrario, pues una larga experiencia es la que nos hace juzgar así. Nos parece también, que cuando se quiere juzgar imparcialmente á niños que se cree desagradables, ingratos, tercos, en una palabra, mal dispuestos, debe uno preguntarse, si se les ha probado suficientemente que se les ama y se les desea hacer el bien; si se les ha probado por medio de la indulgencia, de las aten-

ciones y de la paciencia tanto como con energía y firmeza; si por el contrario, y á falta de virtud, no se les ha hecho pensar que son una carga odiosa para el maestro; más todavía, que se les ama realmente. Sólo después de haber obtenido de su conciencia una respuesta satisfactoria, tiene el maestro el derecho de juzgar á los niños de una manera severa, porque debe siempre aceptar y reconocer su parte de responsabilidad en el fracaso de sus relaciones.

Convenimos gustosos en que al hablar así, un maestro forma á expensas propias el proceso de la imperfección humana; ¿pero quién dejará de reconocer que debe tener por ideal un punto más alto que aquel en que se halla, y que ninguno tiene derecho nunca para estar satisfecho de sí mismo? Decimos las cosas como las comprendemos y no pretendemos nada más.

Así, pues, no vamos nunca hasta el fondo de nuestro pensamiento, si no es á condición de decir que con frecuencia, los actos de insumisión, de cualquier grado que sean, provienen de que con razón ó sin ella los alumnos creen que se les ha querido oprimir, exigir de ellos una obediencia muy minuciosa ó imponerla duramente. La segunda alternativa es á la que expone un mandato en el que no tome parte la bondad. Es evidente que en las casas de educación, en las escuelas, lo mismo

que en los estados, habrá siempre espíritus descontentos é inquietos que reclamarán mayor suma de libertad, porque necesitan sin cesar hacer nuevas experiencias ó satisfacer nuevas codicias: de éstos no hay que hacer caso, se les ilumina si se puede, y sino se resigna uno á hacer el deber que exige la justicia si no basta la bondad. Pero junto á éstos, hay otros que tienen positivos derechos, para que se tengan en cuenta sus aspiraciones razonables de independencia, evitándoles hacerles sentir la rudeza del mando, imponiéndose á ellos por el terror ó sencillamente por el temor permanente. Si una planta, que quiere salir de la tierra y lanzar su tallo recto hacia el cielo, encuentra una piedra, precisamente en el lugar donde debía tomar aquella dirección, deberá sin duda buscar otra salida, y el tallo se torcerá. De la misma manera, un niño á quien se domine inútilmente por medio del temor, no podrá nunca desarrollar con regularidad, el sentimiento justo y natural de dignidad que debe germinar en él; este sentimiento no podrá ensancharse sino por violencia y á sobresaltos ó escapando á la acción del maestro.

Así pues, la violencia sufrida traerá fatalmente consigo el descontento y la rebelión, y el alumno llegará á considerar todo guía exterior como un freno odioso. De la misma manera también, la necesidad de escapar á quien teme y á quien debe-

ría amar, y de cuya vigilancia huye cuando debería desealarla, hace que con frecuencia obre al azar, que use muy mal ó exagere sus sentimientos de honor inexperimentado; en una palabra, hace que falsee su carácter.

Con la más perfecta convicción, recomendamos la bondad en el mando, pues nada impide que se mande también con firmeza. Los fracasos y fastidios que sobrevienen á algunos maestros, cuya bondad es reconocida, no tienen por origen esa bondad, sino la debilidad que algunas veces la acompaña, y que la vicia. Primeramente, es una bondad deplorable la que pone al padre de familia ó al maestro en el caso de tolerarlo todo, porque no sabe inspirar ni temor ni respeto; pero, además ¿quién no ha observado que esos padres de familia y esos maestros son precisamente los que caen algunas veces en excesos de reprensión, porque son tan débiles contra sus cóleras como contra sus ternuras? Así es cómo se explican ciertas anomalías.

Nuestra conclusión general es, que no hay que condenar á la inacción y dejar que se atrofie esa facultad del libre albedrío; sino por el contrario, poner todos los medios para favorecer y regularizar su desarrollo.

¡Pues qué! se ejercita la inteligencia del niño, se ejercitan sus miembros, y ¿no debe ejercitarse

su voluntad? En presencia de lo que ignora, no se hallará la ciencia, frente á la enfermedad, no tendrá el vigor de la salud, ¿qué le quedaría pues, si no tuviese por lo menos, la voluntad de curarse y de aprender?

II

La vigilancia

No siempre está dispuesto el niño á cumplir su deber: la ligereza, la falta de inteligencia, la inclinación natural á hacer su voluntad, todo eso puede ser obstáculo para su educación. Es necesario prepararlo en los límites de lo posible, y con tanta mayor atención, cuanto que vale siempre más prevenir el mal, y no tener que reprimirlo ó extirparlo. En consecuencia, es preciso vigilar al niño. Esta vigilancia es uno de los grandes peligros, que deben señalarse respecto á la dignidad del carácter, sobre todo, porque la vigilancia de los padres y maestros debe ejercerse desde muy temprano, y ya á una edad, en que el arbusto tiene dificultades para enderezarse, y en que el carácter se dobla ya fácilmente.

Es muy fácil darse cuenta de esa influencia que puede ser funesta. El niño que se siente vigilado, puede estar expuesto: á esquivarse de esa vigilancia, por falta de sinceridad, digámoslo de una vez,

por hipocresía; ó á no tener en su conducta otro móvil que las miradas del maestro, y entonces pierde toda iniciativa propia, todo sentimiento de responsabilidad personal. Concede, en este caso, la parte del deber, que ni aun con disimulo puede rehusar; pero nada más; y sabe que no tiene ni el honor ni el mérito de lo que concede. El ojo del maestro es quien lo obliga; compone su rostro cuando se siente sorprendido por la vigilancia; y esa costumbre que toma de consultar así una mirada inquisidora, puede hacer que más tarde se preocupe, ya sea de la mirada ó de la sonrisa de sus semejantes, y estar siempre á su antojo. ¿Qué llegará á ser pues, esa criatura, á quien Dios ha dado, según el poeta latino, un rostro para *mirar el cielo*, y que descenderá á mendigar á diestra y siniestra una aprobación ó una tolerancia? ¿Y cuán enojoso no será exponerse así á las malas influencias, cuando puede uno por sí solo conducirse, y conducirse bien? Es difícil imaginar espectáculo más triste que el del bien escondiéndose bajo una vergüenza falsa; pues es incontestable que en ciertas naturalezas puede encontrarse la vergüenza del bien como la del mal; es preciso prever y evitar aun ese resultado, y, debo decirlo, sobre todo ese resultado.

De hecho, nada es tan importuno ni tan justamente importuno, como una mirada inquisidora, á

su voluntad? En presencia de lo que ignora, no se hallará la ciencia, frente á la enfermedad, no tendrá el vigor de la salud, ¿qué le quedaría pues, si no tuviese por lo menos, la voluntad de curarse y de aprender?

II

La vigilancia

No siempre está dispuesto el niño á cumplir su deber: la ligereza, la falta de inteligencia, la inclinación natural á hacer su voluntad, todo eso puede ser obstáculo para su educación. Es necesario prepararlo en los límites de lo posible, y con tanta mayor atención, cuanto que vale siempre más prevenir el mal, y no tener que reprimirlo ó extirparlo. En consecuencia, es preciso vigilar al niño. Esta vigilancia es uno de los grandes peligros, que deben señalarse respecto á la dignidad del carácter, sobre todo, porque la vigilancia de los padres y maestros debe ejercerse desde muy temprano, y ya á una edad, en que el arbusto tiene dificultades para enderezarse, y en que el carácter se dobla ya fácilmente.

Es muy fácil darse cuenta de esa influencia que puede ser funesta. El niño que se siente vigilado, puede estar expuesto: á esquivarse de esa vigilancia, por falta de sinceridad, digámoslo de una vez,

por hipocresía; ó á no tener en su conducta otro móvil que las miradas del maestro, y entonces pierde toda iniciativa propia, todo sentimiento de responsabilidad personal. Concede, en este caso, la parte del deber, que ni aun con disimulo puede rehusar; pero nada más; y sabe que no tiene ni el honor ni el mérito de lo que concede. El ojo del maestro es quien lo obliga; compone su rostro cuando se siente sorprendido por la vigilancia; y esa costumbre que toma de consultar así una mirada inquisidora, puede hacer que más tarde se preocupe, ya sea de la mirada ó de la sonrisa de sus semejantes, y estar siempre á su antojo. ¿Qué llegará á ser pues, esa criatura, á quien Dios ha dado, según el poeta latino, un rostro para *mirar el cielo*, y que descenderá á mendigar á diestra y siniestra una aprobación ó una tolerancia? ¿Y cuán enojoso no será exponerse así á las malas influencias, cuando puede uno por sí solo conducirse, y conducirse bien? Es difícil imaginar espectáculo más triste que el del bien escondiéndose bajo una vergüenza falsa; pues es incontestable que en ciertas naturalezas puede encontrarse la vergüenza del bien como la del mal; es preciso prever y evitar aun ese resultado, y, debo decirlo, sobre todo ese resultado.

De hecho, nada es tan importuno ni tan justamente importuno, como una mirada inquisidora, á

la que no puede uno escapar, ni para hacer el bien. El autor de este trabajo no puede olvidar la desagradable impresión que experimentó cuando, á la edad de trece años, al entrar por primera vez en un colegio, fué súbitamente instalado en un gran salón de estudios y *mandado*, desde lo alto de una cátedra, por un vigilante cuyas miradas se paseaban constantemente de los cuadernos de unos á los escritorios de los otros. Por cualquier cosa habría protestado en el instante, si á su ingenuidad no fuese unida igual timidez. Sin embargo, pocos días después quedó tranquila su conciencia, habiendo hecho una grave y concienzuda confianza á aquel excelente hombre, prefecto de estudios, que no dejaba significar bastante confianza á sus subordinados. El mismo alumno, al saber un día que uno de sus condiscípulos había sido despedido de la enfermería, por perezoso y por no estar enfermo, se esperaba ver que aquel condiscípulo contestaría, marchándose inmediatamente, á semejante afrenta; y no comprendió, sino mucho tiempo después, que pudieran resignarse á semejante desconfianza.

Existe, pues, y esto es ciertísimo, un sentimiento íntimo y delicado que se hiere con la vigilancia. No se sigue de ahí, que pidamos que no se ejerza esa vigilancia necesaria; pues aun suponiendo siempre lo bueno, el niño necesita un guía; y por consecuencia que lo observen y lo sigan, y esto es

tan exacto en la educación pública como en la privada. Pero ¿es preciso sacrificar ese instinto elevado de justa independencia? No, sino por el contrario respetarlo y servirse de él. Es un resorte, que para utilizarse, necesita ante todo estar en su lugar, en seguida adaptarse á engranajes convenientes y por último no cansarlo ni romperlo.

La primera precaución que debe tomarse, es hacer saber al alumno que no tiene más objeto que advertirle las faltas que se le escapen é instruirle en los defectos que no sospechara por sí mismo; que no se duda de su lealtad, sino de su atención; que no se le acusa de mal intencionado, sino de ligero ó inconstante; y si no está solo, decirle que se teme esa disipación y esa inclinación al desorden, que nace de la aglomeración y del contacto. Es preciso llegar á hacer considerar al superior, cualquiera que sea, padre, madre ó profesor propiamente dicho, como un guía benéfico, que no importuna, como no importuna la luz en las tinieblas, ni extravía ni hace daño. Hay, convenimos en ello, naturalezas de niños que no comprenden este orden de ideas, y para quienes la vigilancia es una amenaza permanente y necesaria. Felizmente son raros esos niños, y cuidados inteligentes pueden hacerlos más raros todavía, sobre todo cuando se puede obrar desde temprano.

El niño de temprana edad tiene un fondo de sen-

cillez y rectitud, gracias al que sus instintos de astucia ó malicia se disciernen y combaten fácilmente. Este es el caso común. Un educador atento pondrá en claro todo eso, y con facilidad hará comprender al joven diplomático que es ridículo é inhábil.

Nos inclinamos á creer, que este es uno de los mejores correctivos. Quizá ensayará la adulación; cuidaos mucho y desconcertadle, si no queréis comprometer su carácter, comprometer vuestra propia dignidad y aparecer ridículo ante vos mismo. Si se aventura á mentir, sed severo é implacable, para hacerle sentir vivamente la vergüenza de un procedimiento tan vil. Por el contrario, recompensad siempre su lealtad, y que ésta sea, si no un medio seguro para desarmaros, sí por lo menos de obtener vuestra indulgencia para con el culpable. No dejéis ignorar al niño, que si al cometer una tontera se rebaja, negándola, se rebaja más, puesto que se pone en guerra con la justicia, la lógica y el sentido común; que además, sostener una mentira es empresa superior á sus fuerzas, por grande que sea su inventiva.

Las niñas hacen algunas veces desde temprano, sus ensayos de sabia política, y verdaderamente hacen prever maravillosas habilidades para el porvenir. En esto hay un peligro real, pues toda astucia, en el caso que suponemos, proviene de falta de dignidad; y bien sabidas son las consecuencias

de esa costumbre, de caminar por vías torcidas. Mr. de Bonald dice que « los niños riñen y se aman, y las niñas se acarician y se encelan »: si el filósofo es severo, convengamos también en que es perspicaz. Es necesario, pues, llegar á introducir la rectitud en esas almas que se anuncian tortuosas; y es preciso hacerlo, á pesar de la vigilancia que pareciese deber hacer imposible esta tarea, pues pone al niño en el caso de usar todos sus medios y ejercitarlos. ¿Cómo triunfar allí?

Teniendo en cuenta las observaciones presentadas antes, el maestro ó vigilante debe no dejar aparecer de la vigilancia, sino lo que es muy necesario que aparezca; hay casos en que deben saber las cosas, sin aparentar que han querido saberlas, precisamente porque la investigación importuna al niño y lo irrita. De todos modos, es necesario que la vigilancia no tome nunca el odioso carácter del espionaje, porque un deber de tal importancia debe cumplirse con respeto; y no sería respetarlo, mezclar un sentimiento bajo. El maestro que, en interés de la educación, se ve obligado á saber algo, debe hacerlo rectamente, y de tal modo, que no le impida nunca obrar lo que ha sabido.

Apenas si necesitamos decir que la mayor de las bajezas sería la delación erigida como sistema. Hay casos en que un niño no se rebajaría al denunciar un desorden, como tampoco el ciudadano que

gritase ¡Fuego, fuego! é hiciese aprehender al incendiario; por ejemplo, cuando se trata de faltas absolutamente graves y contagiosas contra las costumbres; pero entonces, hay que tomar una precaución, y es modelar el espíritu de la comunidad, para que vea como un acto leal de legítima defensa, una advertencia dada al maestro en casos semejantes; y el maestro tendrá más probabilidades de que sus miras sean aceptadas, si repudia abiertamente la delación para cualquier otro hecho; y esta debe ser su norma. — Sabemos que en ciertas escuelas, en ciertos planteles pequeños, para suplir á los maestros, se nombran oficialmente *monitores*, y algunas veces por turno; de éstos no hablamos, pues los inconvenientes que aquí resultan son de otro género.

Dijimos antes que el niño solo se forma, cuando quiere ser bien formado; y de esto resulta que la perspicacidad más sutil de un maestro no valdrá nunca la lealtad del niño. No hay que cansarse nunca de hacer esfuerzos, para que el niño obre por un motivo razonable y de respeto para el deber; y hacerle conocer, cuando sea necesario, las faltas que ha cometido. Si lo conseguís, casi ya no sois necesario, y sin embargo educáis al niño; lo educáis sí, porque podéis dejarle sin peligro, la dirección de sí mismo, conforme á una regla que se honra no solamente en practicar sino en conocer.

Por otra parte, lo que es verdadero en lo que se

refiere al mando, es verdadero también en lo relativo á la vigilancia, no hay que excederse en mandar, como tampoco en vigilar. Cuando tengáis probabilidades de que vuestro discípulo obra en conciencia, testificadle que gustáis depositar vuestra confianza en él; y con frecuencia, recibiréis como recompensa de vuestra confianza, toda su fidelidad; y si ciertos detalles hacen sufrir, este inconveniente no quedará sin compensación. Debéis aún algunas veces aparentar ignorar lo que sabéis de las faltas de vuestro discípulo, por respeto á esa naturaleza humana que no consiente nunca sin desanimarse, á perder la estimación, y que se esfuerza tanto más en merecerla, cuanto mejor cree poder esperarla. En suma, poca cosa es el resultado obtenido nada más por las miradas del maestro; no siempre podéis estar allí; fatalmente escapan una que otra vez. Evitad pues, con mucho cuidado, todo lo que hiciera vuestra presencia demasiado necesaria ó vuestra ausencia demasiado funesta.

Tenemos á la vista el ejemplo de un pueblo vecino, en quien ese medio de educación es comprendido y aplicado de una manera muy distinta que entre nosotros. Esa especie de indolencia con la que se abandona al niño, ó por lo menos al adolescente que se vigile por sí y se conduzca, fuera del tiempo consagrado al estudio, tiene quizá su lado bueno. Hay que reconocer, que el tempe-

ramento del inglés lo expone menos que el nuestro á turbulentas tonterías, y da garantías materiales de que carecemos absolutamente ; pero fuera de esta consideración ; no habría mucho que tomar de ese sistema, si se pudiesen modelar allí las costumbres públicas ? Se respetaría más quizá una libertad á la que se hubiese uno habituado de mucho tiempo atrás, en vez de que esa misma libertad, hasta entonces desconocida, embriaga súbitamente á nuestros jóvenes, después de hacer sus estudios secundarios ó profesionales. ¿ Cuántas naturalezas hay, que comprimidas en exceso por la vigilancia, cuando no son sofocadas, se ven expuestas á terribles explosiones, si se prestan las circunstancias ?

Seguramente que se interpretarían muy mal nuestros sentimientos, si se nos atribuyese el pensamiento de que es preciso dejar al niño que se eduque por sí mismo, por respeto á ciertas teorías sonoras de que desconfiamos. Comprendemos cristianamente la libertad ; es decir que no vemos en ella un vano fantasma, ni un espantajo ; el niño debe en consecuencia conservar la suya ; pero que no la autoricen, ni los límites de su razón que es todavía muy corta, ni las necesidades de su educación que son considerables. Á los maestros toca ver en detalle las concesiones que crean oportunas, á nosotros nos basta haber hecho constar el principio.

En resumen, la vigilancia es indispensable ; pero, para que no sea una causa de baja de carácter, debe afirmarse con lealtad, y ejercerse con tacto y discreción. Y cuando se trate de una casa de educación propiamente dicha, creemos que, si fuese esto practicable, la vigilancia debería ser la tarea de los maestros más inteligentes, y no necesitamos agregar, que de los más abnegados también, pues es una tarea, á la vez que importante, difícil é ingrata.

III

La reprensión

Así como la vigilancia es necesaria antes del desorden para prevenirlo, así también la reprensión puede hacerse necesaria, cuando se ha presentado el desorden para impedirle que vuelva. No necesitamos examinar hasta qué punto el castigo humano es un acto de justicia propiamente dicha ó de reprensión pura y sencilla ; en el caso presente, nos basta señalar que si el castigo del niño es algunas veces indispensable, hay muchas en que es un gran peligro para la nobleza de su carácter, porque se encuentra en él algo humillante, que no debe lastimarse de una manera inconsiderada.

Para examinar desde un principio la naturaleza

ramento del inglés lo expone menos que el nuestro á turbulentas tonterías, y da garantías materiales de que carecemos absolutamente ; pero fuera de esta consideración ; no habría mucho que tomar de ese sistema, si se pudiesen modelar allí las costumbres públicas ? Se respetaría más quizá una libertad á la que se hubiese uno habituado de mucho tiempo atrás, en vez de que esa misma libertad, hasta entonces desconocida, embriaga súbitamente á nuestros jóvenes, después de hacer sus estudios secundarios ó profesionales. ¿ Cuántas naturalezas hay, que comprimidas en exceso por la vigilancia, cuando no son sofocadas, se ven expuestas á terribles explosiones, si se prestan las circunstancias ?

Seguramente que se interpretarían muy mal nuestros sentimientos, si se nos atribuyese el pensamiento de que es preciso dejar al niño que se eduque por sí mismo, por respeto á ciertas teorías sonoras de que desconfiamos. Comprendemos cristianamente la libertad ; es decir que no vemos en ella un vano fantasma, ni un espantajo ; el niño debe en consecuencia conservar la suya ; pero que no la autoricen, ni los límites de su razón que es todavía muy corta, ni las necesidades de su educación que son considerables. Á los maestros toca ver en detalle las concesiones que crean oportunas, á nosotros nos basta haber hecho constar el principio.

En resumen, la vigilancia es indispensable ; pero, para que no sea una causa de baja de carácter, debe afirmarse con lealtad, y ejercerse con tacto y discreción. Y cuando se trate de una casa de educación propiamente dicha, creemos que, si fuese esto practicable, la vigilancia debería ser la tarea de los maestros más inteligentes, y no necesitamos agregar, que de los más abnegados también, pues es una tarea, á la vez que importante, difícil é ingrata.

III

La reprensión

Así como la vigilancia es necesaria antes del desorden para prevenirlo, así también la reprensión puede hacerse necesaria, cuando se ha presentado el desorden para impedirle que vuelva. No necesitamos examinar hasta qué punto el castigo humano es un acto de justicia propiamente dicha ó de reprensión pura y sencilla ; en el caso presente, nos basta señalar que si el castigo del niño es algunas veces indispensable, hay muchas en que es un gran peligro para la nobleza de su carácter, porque se encuentra en él algo humillante, que no debe lastimarse de una manera inconsiderada.

Para examinar desde un principio la naturaleza

del castigo, observaremos ante todo que necesariamente hay dos clases. La primera consiste únicamente en hacer volver al buen camino á quien haya cometido una falta, exigiéndole que repare su daño, ya reconociéndolo, ya compensándolo de cualquiera manera. Este sistema de castigo no tiene en sí nada deshonoroso, pues por el contrario se honra uno, comprendiendo y obrando mejor de lo que se ha comprendido y obrado.

Hay que precaverse, sin embargo, de que la aplicación no sea defectuosa, ni las circunstancias envilecedoras.

La segunda comprende algo más; la aplicación de una pena propiamente dicha, que no es solamente una reparación, sino una expiación, regularmente impuesta por la lección ó el ejemplo. Hay un peligro inherente á la cosa misma, y discutiremos sucesivamente ambos procedimientos.

Digamos ante todo, y este es un punto esencial, que hay niños que no deben ser nunca castigados. Esas naturalezas rectas y delicadas que tanto placer causa encontrar, regularmente se hallan bastante castigadas con el pesar y la humillación de saber que han hecho mal; es preciso dejarlas que vuelvan á sí mismas, conservarán todo su mérito, y se preservarán mejor en lo venidero, porque se respetarán más. Los niños de otra categoría comprenderán esa distinción, ó quizá no tengan ocasión de observarla; porque se puede contar ya con la

delicadeza de los que son objeto de ella, y también porque debe entenderse que las primeras faltas se tratan con indulgencia. Es aun muy ventajoso algunas veces, como lo hemos dicho ya, no apercibirse de lo que no se debe castigar.

Evidentemente, el que siente en sí mismo, en su razón y en su conciencia, el reproche vivo y sensible de su falta, se rebelará al ver que no se contentan con su expiación, y si se le habitúa á la idea de que su expiación no basta, acabará por creer que ese sentimiento es insignificante ó insuficiente, y lo abandonará. Esta es una vía á la bajeza del carácter, y hacia la disminución y pérdida del sentido moral; porque podría llegar á considerarse como un ser inconsciente á quien una influencia exterior debe mantener brutalmente en cierta línea de conducta. Esas consecuencias parecerán un poco forzadas; pero ¿no tenemos derecho á demostrar las consecuencias definitivas del principio que combatimos? Sin duda alguna, no se registrará por segunda vez una obra de envilecimiento tan completo, como el del inmundo carcelero del hijo de Luis XVI; pero seguramente, nunca estaremos en guardia para evitar todo lo que pueda parecersele aun de lejos.

No, nada será tan inepto ni tan sensible, como profanar una naturaleza delicada con una reprobación inútil. ¿Sería como pisotear un jardín!

Sometemos con confianza las reflexiones que

preceden á todos los que se ocupan de educación ; pero sobre todo á los que tienen que dirigir una casa de educación propiamente dicha, que tienen á sus órdenes prefectos de estudios ó de disciplina, ó profesores á los que deben necesariamente dar todos los detalles ; á fin de que en su derredor no dejen ahogar en la rutina los principios incontestables que ahora recordamos. Que todos los tengan constantemente en la memoria y los practiquen, á pesar de los desencantos y decepciones ; sobre todo que no los vean como una teoría inaplicable en general ; porque si se puede desgraciadamente, y por un sistema ininteligente de castigos, rebajar el nivel de los caracteres en una masa de niños, se puede también, gracias á Dios, educarlos con dedicación y sacrificios. Y aun cuando no se tratase en este sentido y con ventaja sino de un pequeño número, no debería sentirse el ensayo general. En todo caso, el procedimiento debe emplearse atentamente con aquellos que lo merecen.

Hay, sin embargo, gran número de niños, á quienes se ve uno obligado á castigar para traerlos al buen camino. Hablemos ante todo del primer género de castigo que mencionamos ya, y que consiste en reconocer la falta. El más necesario y el más urgente, cuando se encuentra uno frente á una falta cometida, es con toda evidencia hacerla reconocer del culpable si no se da de ella suficiente

cuenta ; porque puede ser un error y no un acto de mala voluntad, y en este caso es bueno iluminarle con bondad y paciencia. Puede, por el contrario, suceder que, reconociendo su falta, no convenga en ella ; entonces es orgullo y obstinación, y debe insistirse para obtener la confesión, implícita si se quiere, pero cierta. En último resultado, como no se rebaja uno al reconocer una falta, sino por el contrario, no vemos qué inconveniente hay en exigir ese reconocimiento implícito de la falta, no hay peligro ninguno para el carácter, en el hecho de que un hombre que haya ofendido á otro, le presente leal y dignamente sus excusas. Hay que tener mucho cuidado de la forma, por que todo está allí ; las palabras tienen su valor, es preciso escogerlas y no exigirlas, más todavía, no aceptar ninguna que diga demasiado y falsee la acepción que se quiere emplear. Para precisar más, diremos, por ejemplo, que nos gustaría mejor oír á un niño pedir *excusas* que pedir *perdón*. La misma modificación es preciso conservar en muchos casos análogos. Pero volviendo al fondo de la cuestión, creemos que mientras más cueste este paso al niño, más ventajoso es tenerle á su disposición como medio de reprimenda ; en presencia de un alumno insubordinado, es el procedimiento más lógico y seguro. Con frecuencia puede dispensar de cualquiera otro, y entonces hay que cuidarse de buscarle.

— Cuando este primer medio se haga notoriamente

insuficiente, es necesario exigir una compensación. Así, pues, cuando se descuida un trabajo, no se puede dispensar al alumno de que lo haga, aun á expensas de ciertas horas destinadas para el recreo. La única precaución particular que es preciso tomar, consiste en advertir al alumno que se le quiere poner en actitudes de satisfacer su conciencia, y de decir que ha cumplido su deber; creemos que así permanece uno en la verdad de la situación primeramente, y en seguida no se hace más que proponer al niño un fin honorable, que debe alcanzarse por medios honorables también.

La cuestión se hace más difícil, cuando se trata de la reprensión penal, que encierra siempre algo humillante, puesto que se tiene que proponer no solamente el cumplimiento de un deber, sino la sanción de una pena. Para comprender el alcance de esta diferencia, no hay que detenerse en examinar lo que pueda ser el castigo de un escolar, desde el clásico *pensum*, hasta la privación de salir ó la expulsión; es preciso buscar algo más alto y de más trascendencia; considerad, por ejemplo, á un hombre herido por la justicia humana; pues más ó menos, las observaciones son las mismas y puede uno darse mejor cuenta de su gravedad. El que haya tenido que sufrir un castigo merecido, se encuentra inevitablemente humillado, siente que ha sido culpable; además está obligado á recono-

cer que ya no se fian más en su conducta; sus remordimientos, si los tiene, han sido juzgados como un castigo insuficiente, y á éste sus semejantes han agregado otro; él, hombre y libre, se ve obligado á doblegarse al peso de una fuerza exterior, y no estará ya por consecuencia en el rango, por decirlo así, de las personas razonables, sino que se encontrará más ó menos despreciado por los demás hombres.

Convéngase que ese hombre necesariamente se encuentra rebajado, y como es fácil suponer que no se resigne, se puede suponer también que pondrá su conducta al nivel de la situación que se le ha creado; en una palabra, que se envilecerá; y este es un resultado fatal, cuya constancia dan desgraciadamente las cárceles y los presidios.

Si se reflexiona un poco, se comprenderá que en proporción, lo que acabamos de decir es tan verdadero en el niño como en el hombre. Él también se siente culpable, él también ve que está uno obligado á gobernarle y á imponerle un freno por motivos humillantes. Es preciso pues velar porque no tome partido de esa bajeza ni se resigne á ella. Para conseguir esto, que se le haga ver el castigo como un acto inevitable y justo; pero que debe procurarle el medio de levantarse y de llegar á ser mejor de lo que ha sido, al mismo tiempo como un ejemplo saludable para los demás. Para afirmar en él esta convicción, el maestro deberá

tratarle con la misma confianza y, si es posible, con el mismo respeto que si no hubiese faltado; de esa manera la impresión enojosa se debilitará ó desaparecerá.

Al hablar del respeto á los niños, y de propósito hablamos de él al tratarse de la reprensión, creemos no asombrar á nadie. Es evidente que un niño estará mucho menos impulsado á concebir por sí mismo, por su alma, su honor y su legítima independencia, el respeto que queremos inspirarle, si no encuentra ese respeto en los que deben darle el ejemplo. Si se objetase los pocos títulos que tienen ciertos niños para ser tratados así, contestaremos que las naturalezas peor dotadas, las más groseras si se quiere, son sobre todo las que necesitan ser elevadas á sus propios ojos, y en quienes esa semilla dará mejor fruto. Además, si todavía no se encuentra casi nada bueno en tal ó cual niño, quizá más tarde habrá mucho. Podéis hacer germinar allí buenos principios, por medio de vuestra paciencia, vuestra dulzura y vuestra abnegación, y os admiraréis más tarde de los resultados obtenidos.

Que se sepa bien, si hay alguna cosa que los niños no olviden nunca, ya sea por gratitud, ya por rencor, son los miramientos ó durezas de que han sido objeto por parte de sus maestros. ¿No os ha sucedido encontrar alguno de vuestros antiguos discípulos, hecho hombre, de quien apenas teníais

algún buen recuerdo, á consecuencia de los desagradables instintos que le conocíais, y que haya venido á saludaros y á estrecharos la mano dándose á reconocer? Os admirasteis tal vez de tan simpática y calurosa demostración; pero era porque vuestra memoria no os ayudaba; él se acordó de alguna palabra afectuosa que le dirigisteis de paso, cuando sus demás maestros lo miraban con merecido descontento.

¡Y después de esto economizaréis los miramientos y el respeto aun para aquellos más desprovistos de todo lo que justifica tales sentimientos!

Quando en las páginas precedentes hemos analizado la impresión inevitable producida por el castigo, nos preguntábamos si no se nos acusaría allí de discutir inútiles teorías, en vista de que en la práctica las cosas pasan más sumariamente. Pero nos parece que la práctica no puede ser sensata y buena, sino á condición de ser una aplicación inteligente de los verdaderos principios; que aquel que no los conociese no podría aplicarlos; que es necesario no solamente, no ser extraño á esa estética de la educación, sino también penetrarse de ella vivamente, porque repetimos que la rutina es muy temible, y tiene como primer efecto multiplicar los castigos más allá de la medida, puesto que es más violento castigar que corregir. Agregaremos que si el maestro no debe perder su

tiempo é impacientar á sus alumnos con desenvolvimientos de este género, debe todavía menos aplicar cualquier sistema de penalidad, sin dar á sus subordinados, los medios de darse cuenta de él, cuando una palabra dicha á tiempo puede dar la clave, sobre todo cuando el conjunto de sus procedimientos puede ser una explicación suficiente.

Hasta aquí, hemos hablado de la penalidad en general; para llegar á lo más vivo de nuestro asunto, debemos decir una palabra respecto á la reprensión más humillante, la que tiende á rebajar más: el castigo corporal. La cuestión de corregir por medio de la humillación directa, se encontrará comprendida también y se resolverá en seguida.

Respecto á la reprensión corporal, no tenemos ningún apasionamiento. No pretendemos ponernos por encima de esas generaciones y de esos maestros, que creían deber emplearla, y á la que nunca pusieron mala cara los escolares de los siglos pasados.

Sin embargo, tampoco queremos pisotear ese sentimiento íntimo y profundo, que se rebela ante la idea de que se trate á un niño como á una bestia de carga, y aprobamos esa dulcificación de costumbres que tiende más y más á alejar todo tratamiento semejante, aun en los códigos hechos para grandes criminales, y no para escolares ato-

londrados y perezosos. Así, pues, declararemos para comenzar, que ese medio debe desterrarse por completo de las casas de educación y de las escuelas; á la vez que envilece á quien lo emplea, envilece también á la comunidad á que pertenece. Un niño que no fuese accesible sino á argumentos de tal género, debe devolverse á su familia, suplicando se le vigile para evitar ese procedimiento á la mayor brevedad. Para niños *aparte*, se necesitan casas *aparte* y procedimientos especiales.

¿Existen pues casos, en que el maestro puede y debe emplear, ó hacer emplear tales medios de reprensión? Pasemos, como de costumbre, de lo vulgar á lo menos conocido, de los principios evidentes á los que se trata de aclarar. Cuando se tiene que corregir á un niño, cualquiera que sea su edad, es preciso dirigirse á lo que sea susceptible de recibir la impresión; si el niño tiene un corazón excelente, se le hace ver el pesar que se experimenta con su falta; si tiene desarrollado el sentimiento de la justicia, se le hace comprender que ha faltado á su deber; si acaricia proyectos para el porvenir, se le representa que los compromete; en fin, se dirige uno á la puerta que se abra con mayor facilidad. Pero si ninguna puerta parece abrirse, si ninguna de las cuerdas señaladas vibra, por insensibilidad ó resistencia obstinada, y si la resistencia debiera prolongarse indefinidamente, porque el discípulo no se cansare de oponer

la inercia á la impotencia moral, es preciso reflexionar.

Ante todo se sentiría uno perplejo, si, por imposible, este procedimiento se complicase con bravatas y provocación, que provienen de ese orgullo insensato de niños todavía pequeños, que no han aprendido á respetar ni á temer nada, y que se persuadirían, en los momentos de verdadero delirio, de que nada les resiste. Si se encontrase uno con un niño semejante, ¿ se deberá, pues, abandonarlo á su suerte, dejar crecer sus vicios, y por respeto á un principio, dejar que pierda su porvenir? ¿ se deberá, por ejemplo, en caso de que se manifestasen algunos buenos sentimientos de cuando en cuando y permitiesen esperar que la humillación de una reprensión corporal, los domase en lo físico y en lo moral, enseñarles á *temer alguna cosa* y no dejar subsistir ningún sentimiento de odio ó rencor? Creemos que proponer la cuestión es resolverla y compadeceríamos sinceramente al discípulo, á los padres y al maestro; pero los grandes males exigen grandes remedios.

En cuanto al castigo por medio de la humillación directa, presenta los mismos inconvenientes que el anterior, algunas veces más; así, pues, cuando se trata de ciertos reproches en público, que ataquen profundamente á un niño y puedan dejarle huella para toda la vida; esa clase de cas-

tigos no se perdonan con facilidad; pero sobre todo, pueden romper siempre el resorte de la dignidad. Otras veces, presentan menos peligros y pueden modificar un carácter violento y altanero. Sobre todo deben, si no exclusivamente, encontrar su aplicación en las faltas ocasionadas por el orgullo, y pueden emplearse con tanta más severidad, cuanto más graves y repetidas sean las faltas; lo repetimos con convicción, para los grandes males los grandes remedios. Pero, entiéndase bien que nunca debe recurrirse á ellos, si no se tiene la certidumbre de que el niño se levantará, que no quedará en él germen alguno de bajeza, y que por el contrario se dignificará aquel que se expone á envilecerse por orgullo. Baste decir que ciertos caracteres no deben nunca sufrir semejantes castigos, porque bastante trabajo cuesta impedirles que se arrastren. En cuanto á los demás, sobre todo los últimos que hemos descrito, es evidente que los castigos humillantes de que acabamos de hablar, y otros parecidos, exponen mucho menos su dignidad que los extravíos y hábitos que de ellos resultan.

Si alguien necesitase convencerse de nuevo, sea de la confianza con la que es preciso llegar á la enmienda del carácter, sea del partido que se puede sacar del sentimiento de la dignidad personal, aun en los casos de reprensión necesaria, citaremos algunas líneas de una carta de Mme. de

Sevigné á Mme. de Grignan, fecha 28 de febrero de 1689. Se trata de su nieta Paulina, que aparentemente había dejado ver algo de *humor feros*. Mme. de Sevigné dice á su hija : « Hija mía, no os extraviéis, os aseguro que no es en la infancia cuando uno se corrige, sino en la edad de la razón ; el amor propio, tan malo para otras cosas, es excelente para esta ; emprended pues, la tarea de hablarle razonablemente y sin encolerizaros : sin reñirla, sin humillarla, porque eso rebela, y os aseguro que haréis de ella una maravilla. Haced de semejante obra un asunto de honor y aun de conciencia. » Nos felicitamos del ornato que Mme. de Sevigné agrega á nuestra prosa y sobre todo del apoyo que da á nuestra teoría ; estamos seguros que su nieta no se hallaba en el caso excepcional de necesitar ser humillada para corregirse.

Después de esto, el maestro debe todavía saber que en casos difíciles, es decir, en aquellos en que se hace necesaria la reprensión, estará expuesto no sólo á tardar mucho tiempo, para obtener el fruto de sus trabajos ; sino también algunas veces á sufrir la humillación de un resultado excesivo é imprevisto. Esta es la enfermedad humana ; es preciso saber resignarse, porque ciertas naturalezas son incapaces de evitar los extremos.

Bajo ciertos puntos de vista, podría citarse á Fenelón. Todos saben en qué condiciones Fenelón

emprendió la educación del duque de Borgoña ; nadie ignora tampoco que ese fogoso discípulo, á quien enloquecía el orgullo, llegó á ser, en manos de su preceptor, un hombre modelo y un príncipe tal que :

« Bajo su reinado, la Francia habría sido muy feliz. »

Sin embargo, en esa época, en que ya estaba transformado, en la edad en que mandaba ejércitos, le acontecía consultar con su antiguo preceptor, convertido en su confidente, *casos de conciencia*, que sus funciones de jefe del ejército le permitían resolver por sí solo. Cuestiones de tal especie debían halagar poco á Fenelón, él que había llevado á cabo con tanta dificultad esa tarea de la educación.

Resulta por lo menos, que no podemos de antemano tomar nuestro partido respecto á ciertos fracasos ó resultados excesivos, pues son inevitables en determinadas naturalezas. Se puede no comprender suficientemente nuestras lecciones y olvidarlas ; se puede caer, por temperamento, en temores vanos y ridículos ; esto prueba sencillamente que si el maestro no es perfecto, tampoco lo es el discípulo. Así, pues, no comprendemos cómo, en el caso del duque de Borgoña, Sainte-Beuve en su *Estudio sobre Saint-Simon*, haga recaer indirectamente en Fenelón, la responsabilidad de seme-

jante resultado; (es por lo menos, lo que nos parece decir en un pasaje en donde muestra al discípulo « derribado por el genio del maestro »).

En cuanto á nosotros, creemos que no es Fene-lón el culpable, sino esta pobre naturaleza humana á la que no escapaban los nietos de Luis XIV.

Como observación final y esencial, que se relaciona con todo este capítulo, y también como comentario de esas palabras que acabamos de citar de la marquesa de Sevigné: « Hablar razonablemente y sin cólera »; agregaremos que el maestro que, en cualquiera reprensión se deje arrebatar por la ira, la vivacidad ó sencillamente la impaciencia, no tendrá ya esa plena posesión de sí mismo, que le hace conservar la dignidad y la mesura. Por consecuencia dará mal ejemplo al no respetarse á sí mismo; y exponiéndose á no respetar á su discípulo, pondrá á éste en el caso de triunfar tontamente de una debilidad y de un extravío del maestro que debe conducirle; en una palabra, habrá falseado totalmente el camino y tendrá derecho para afligirse de los yerros de su discípulo, pero no para irritarse.

IV

**La grande influencia de los condiscípulos,
y ciertas causas secundarias**

Entre las influencias que hay que dirigir, y aun que temer, no hay que olvidar á los niños de la misma edad, es decir á los condiscípulos. Todos sabemos que, en este mundo en miniatura, hay jefes de partido algunas veces muy obedecidos y quizá temidos servilmente. Que deban esta influencia al vigor de sus puños, á su audacia ó al ímpetu de su verbosidad, no por eso es menos real, y muchas veces un niño enfermizo y tímido la sufre de una manera desastrosa. En primer lugar puede sufrir mucho con ella, pero puede también guardar una tendencia casi invencible á modelarse á todas las voluntades extrañas. Importa pues fortalecer á esas naturalezas que parecen atraer el mando hacia ellas, y reprimir con mano firme á las que parecen predestinadas á ejercerlo.

Fácilmente se discierne quiénes son los que reúnen grupos en su derredor, quiénes los que intervienen en las discusiones, quiénes dirigen los juegos y forman la opinión. Cuando son naturalezas rectas y buenas, no hay que combatir su acción; pero sí es preciso arreglarla, pues fácilmente el espíritu de dominación y el orgullo se apo-

jante resultado; (es por lo menos, lo que nos parece decir en un pasaje en donde muestra al discípulo « derribado por el genio del maestro »).

En cuanto á nosotros, creemos que no es Fene-lón el culpable, sino esta pobre naturaleza humana á la que no escapaban los nietos de Luis XIV.

Como observación final y esencial, que se relaciona con todo este capítulo, y también como comentario de esas palabras que acabamos de citar de la marquesa de Sevigné: « Hablar razonablemente y sin cólera »; agregaremos que el maestro que, en cualquiera reprensión se deje arrebatar por la ira, la vivacidad ó sencillamente la impaciencia, no tendrá ya esa plena posesión de sí mismo, que le hace conservar la dignidad y la mesura. Por consecuencia dará mal ejemplo al no respetarse á sí mismo; y exponiéndose á no respetar á su discípulo, pondrá á éste en el caso de triunfar tontamente de una debilidad y de un extravío del maestro que debe conducirle; en una palabra, habrá falseado totalmente el camino y tendrá derecho para afligirse de los yerros de su discípulo, pero no para irritarse.

IV

**La grande influencia de los condiscípulos,
y ciertas causas secundarias**

Entre las influencias que hay que dirigir, y aun que temer, no hay que olvidar á los niños de la misma edad, es decir á los condiscípulos. Todos sabemos que, en este mundo en miniatura, hay jefes de partido algunas veces muy obedecidos y quizá temidos servilmente. Que deban esta influencia al vigor de sus puños, á su audacia ó al ímpetu de su verbosidad, no por eso es menos real, y muchas veces un niño enfermizo y tímido la sufre de una manera desastrosa. En primer lugar puede sufrir mucho con ella, pero puede también guardar una tendencia casi invencible á modelarse á todas las voluntades extrañas. Importa pues fortalecer á esas naturalezas que parecen atraer el mando hacia ellas, y reprimir con mano firme á las que parecen predestinadas á ejercerlo.

Fácilmente se discierne quiénes son los que reúnen grupos en su derredor, quiénes los que intervienen en las discusiones, quiénes dirigen los juegos y forman la opinión. Cuando son naturalezas rectas y buenas, no hay que combatir su acción; pero sí es preciso arreglarla, pues fácilmente el espíritu de dominación y el orgullo se apo-

deran de ellos y las falsean ó las pervierten. Es necesario hacerlo con mucha delicadeza y tacto, para no herirlos y alejarlos; esto naturalmente, cuando se trata de una superioridad real; pero es preciso ocuparse también de las otras superioridades, y poner mayor atención, porque los inconvenientes de la influencia aumentan cuando, siendo real, descansa en bases menos serias. Citaremos como ejemplo, únicamente la influencia que da la fuerza física; en los niños esta es una autoridad muy considerable. ¿Quién no ha visto pintarse el asombro en los ojos de los pequeñuelos, cuando ven pasar algún *grandc*, citado por el vigor de sus puños? ¿Con qué admiración ardiente se cuentan en sus conversaciones, sus legendarias proezas en la carrera ó en el juego de pelota! Así pues, esta influencia es soberanamente ridícula, si no está templada por el sentido común, y profundamente odiosa, si no se encuentra al servicio de un buen corazón. Prevenid al dichoso mortal á quien la naturaleza haya dotado desde temprano con sólidos músculos, que esa superioridad pasajera no disimula inferioridad ninguna, y no reemplaza ninguna virtud, ni ningún mérito; que en la vida, son raras las ocasiones en que esa ventaja tiene precio, y en último resultado, que sería una gran cobardía abusar de ella. Haced saber á esos jóvenes que la vida está llena de vicisitudes singulares, y que se asombrarían mucho si viesan de

antemano los extraños cambios que les están reservados.

Así se contribuye á restablecer un poco el equilibrio; pero es preciso también velar para que no se dejen aniquilar aquellos que están bajo la férula de los jefes de partido. Que el profesor les enseñe á conservar cortesmente, pero con firmeza, su independencia, en esas innumerables ocasiones en que los niños forman rebaño con tanta facilidad. Á él le toca suplir lo que falta á los débiles; hay muchos medios; se da á uno un consejo, se demuestra al otro cierta confianza que pueda atraerle la consideración, se elogian las cualidades de un tercero que es modesto hasta la timidez, se anima á aquel cuyos triunfos no parecen responder á sus esfuerzos ó á su mérito.

En fin, todos y cada uno deben quedar persuadidos de que el respeto mutuo que impone á unos la condescendencia, da por eso mismo á los otros el derecho de tener una voluntad propia.

Hay una clase de niños, en la que deseamos más que en ninguna otra, ver que se conserve intacto ese sentimiento de dignidad, que es preciso inculcar á todos; hablamos de aquellos á quienes su posición social, su estado de fortuna y su porvenir probable, exponen á no ser suficientemente respetados. Todas las declaraciones de los políticos no servirán; ay! de nada; habrá siempre como en

la época de La Bruyère, un instinto de timidez en el niño pobre, y desgraciadamente el instinto contrario se manifestará siempre ó casi siempre en el niño rico. ¡ Que los maestros tengan mucho cuidado ! Sin duda alguna, deben evitar á toda costa, que ese sentimiento se cambie, en el pobre, en un sentimiento de rebeldía ; pero deben velar también, para que de ello no resulte la baja de la criatura humana ; y para esto no debe descuidarse ningún procedimiento ingenioso y delicado. El mismo respeto, quizá hasta un respeto más afectuoso, se debe al desheredado de la fortuna, á quien sus humildes vestidos señalan quizá como alguien á quien distinguirá más tarde su mérito real. El respeto del maestro atraerá el de los discípulos, ese niño sentirá que también él está llamado á desempeñar dignamente su lugar en la sociedad, y se levantará quizá de manera tal, que pueda honrar sólo con su estimación á los que han salido de cuna más alta que la suya.

Además, nos parece que la desigualdad de condiciones en las filas de una casa de educación, que algunas veces tiene el inconveniente grave de producir *descasados*, puede tener serias ventajas en la mayor parte de los casos, y gracias á los cuidados y á la inteligencia de los maestros. Cuando por ambas partes se ha dirigido bien y se ha enseñado á respetar, resultan, con la fusión de las diferentes clases sociales, relaciones útiles para todos, y

una formación importante del criterio, por medio de sanas apreciaciones, respecto á la manera de comprender el sentimiento del honor. Pronto, muy pronto, llegará para el niño la hora en que se encuentre ante desigualdades más profundas, frente á necesidades muy serias, ante las que se verá obligado á tenerse en pie. Quizá tenga que hacer respetable, sólo con su actitud, una inferioridad inevitable ó una pobreza honrosa ; y deberá quizá para no rebajarse, renunciar á la fortuna ó sacrificar intereses que le son queridos ; en otras circunstancias, quizá tenga que proteger sin lastimar y socorrer sin humillar. ¡ Cuán indispensable es pues, formarle desde temprano, para que respete la dignidad de otro, como para que respete en si mismo esa independencia que Dios ha puesto en él, y que no tiene más límites que los del deber, y que solo el deber debe doblegar !

El niño, convenimos en ello, no comprenderá eso fácilmente ; pero hay muchos medios de inculcárselo poco á poco. Explicadle, si queréis, que un prisionero en la cárcel, un mártir en el cadalso, un indigente en su miseria, es más digno y más grande que un rey poderoso sostenido por la corrupción, que un alto magistrado cuyo voto es venal y que un millonario, que debe su fortuna á medios vergonzosos, y veréis como el niño lo comprende.

Para entrar más de lleno en este orden de ideas, será ventajoso vigilarle para que no se acostumbre

desde muy temprano á ser servido. Muchos de los cuidados concernientes á su persona, deben dejarse á su cargo; pues acabaría por creer que la dignidad consiste en hacerse servir, y en consecuencia no haría nada. Según los filósofos, Dios es *acto puro* y el ejemplo basta para honrar la actividad y el trabajo. ¿Quién no sabe también, hasta qué punto se envilece el que se abandona á la ociosidad, y que se expone así á depender de tantas personas y de tantas cosas, en vez de depender de sí mismo?

Quando le sea indispensable recurrir á los servicios de un criado, inspiradle esa delicadeza, que hace sea menos pesado el fardo de la servidumbre y que hace olvidar al servidor, la inferioridad de su condición. Decidle, en caso necesario, que sólo tiene derecho á ser respetado el que respeta á los demás, y que no hay mayor afrenta que la que se recibe de un inferior.

Á propósito de las influencias que puedan sufrir los niños y de su independencia, no debemos dejar de señalar una pequeña debilidad que con frecuencia se permiten los escolares. Se trata de la caritativa ayuda que prestan en exámenes y concursos, los aplicados á los perezosos y á los *menos fuertes*. Cosa fácil de explicar, si no justificable. ¿Quién de nosotros no recuerda haber experimentado, en su niñez, cierta inquietud en los momentos en que

era llamado al *recibidor* á propósito de un cuadro de honor? ¿Quién sobre todo no se ha preguntado con angustia, el día de la distribución de premios, si no se hallaría fuera del número de los premiados? ¡Ay! los elegidos no son muy numerosos. Pero los padres difícilmente se imaginan no habernos dado con la vida, toda la inteligencia necesaria, para obtener premios y diplomas. Y además, los maestros, con sabios conocimientos del corazón humano, encontrábanse allí, para consolarlos cruelmente á expensas nuestras, asegurándoles que no era por falta de méritos.

Y de esa manera, el gozo de volver al seno de la familia, no iba sin alguna mezcla; el padre se esforzaba tal vez, en los primeros días de vacaciones, por aparecer más frío de lo que hubiese querido, y era preciso esperar algo mejor para el año venidero.

Pocos escolares habrá, que no hayan pasado poco ó mucho, por este género de tribulaciones; resulta que en la época de los concursos, se hace uno ayudar por un compañero: el latrocinio ó el fraude, es una práctica bastante conocida.

Ciertamente, no es eso un motivo para indignarse trágicamente; porque hay en el fondo de todo ello, un cambio de buenos oficios en favor de... quien presta; pero elevarse así, en alas de otro, vivir del trabajo del vecino, como un parásito; reconocerse incapaz de hacer algo mejor, y

querer sin embargo acapararse una reputación; usurpar un rango al que no se tiene derecho ninguno, á expensas de otro más cándido, que tampoco quisiera cerrar la lista; descontentar á su familia; exponerse á recibir un premio del cual no es uno digno, y que os haría ruborizar secretamente; esta no es una conducta digna. Es preciso hacerla ver á los niños, para que se cuiden de poner en práctica un ardid poco honroso.

Otro peligro muy grande para la dignidad, es la envidia. Desde las caricias maternas hasta los triunfos escolares y los favores de la fortuna en la edad madura, muchas cosas pueden alimentar esa pasión tan baja. Pasión muy baja en efecto, la que hace que se encuentre el honor en la humillación de otro y la alegría en su infortunio. Si algo es capaz de hacernos caer de nuestra dignidad de hombre, es la envidia, porque, como lo dijimos en las primeras líneas de este estudio, hay una solidaridad universal en el honor humano, y el que rechaza tal solidaridad, se excluye por sólo ese hecho de la familia humana. No hay procedimiento vil, ni ardid desleal que no inspire la envidia, y las consecuencias son tan humillantes como el principio.

Esta es, sin discusión, una llaga repugnante para su curación; pero una cosa debe alentar al maestro á prodigar todos sus cuidados, y es que si la

envidia puede ser funesta para los que ataca, es también dolorosa para el que la concibe; y nada sería tan capaz de inspirar compasión como un niño taciturno, á quien afecta dolorosamente la alegría de sus condiscipulos y que, en la edad en que todo sonríe, no tuviese más satisfacción que el sufrimiento de los demás. Debemos declarar, y con gusto, que dicho caso no es lo general; y si en la edad temprana la envidia puede llegar hasta producir desórdenes físicos, el afecto de padres inteligentes puede remediarlo y sólo inquietará como síntoma para el porvenir. En la adolescencia, la envidia universal no existe; pero con frecuencia toma por objeto á tal ó cual condiscipulo más inteligente, más laborioso ó amable, de quien el envidioso hace el punto de mira de sus malos sentimientos y sus hostilidades secretas. Puede suceder que esto acontezca de una manera casi inconsciente; pero el mal no por eso deja de ser menos real, y en ese caso sobre todo es cuando el maestro tiene que cumplir un serio deber para con el niño.

Por lo demás, éste no es enteramente responsable de todo lo que una mala naturaleza pueda hacer germinar en él, es preciso ayudarle con toda la indulgencia y toda la compasión posible. Sólo á la larga, el espíritu se falsea por completo y la voluntad se pervierte de una manera irreparable, y parece muy difícil que no tenga acceso en el corazón del niño, por cerrado que éste se encuentre á

primera vista; con mayor razón pues, hay que desviarle de las falsas ideas que le son tan funestas. Para alcanzar este doble objeto, es necesario no dejar aparentar en realidad ninguna preferencia para los demás, porque el sentimiento de la justicia, herido en él, justificaría á sus ojos todos los excesos de su deplorable inclinación. Hay lugar también, para darle nociones exactas respecto al verdadero mérito, que consiste más en los esfuerzos de cada uno para ser mejor, que en las cualidades exteriores y brillantes. Y como se necesita recurrir al medio radical, debe uno esforzarse por hacer que nazcan en él sentimientos afectuosos para el maestro, que deberá demostrarle todo el interés posible, ya sea para aquellos que excitan su envidia y de quienes se harán valederas las cualidades morales. Nos parece evidente, sin embargo, que pensamientos cristianos y motivos de fé serán suficientes para transformar esa alma. Cualquier otro medio de acción lleva el riesgo de ser ineficaz.

Debemos todavía citar algunos detalles que tienen importancia; pero sólo los indicaremos. Vigílese que los niños no habiten en departamentos bajos, malsanos ó desordenados; que sus vestidos, manos y rostro estén siempre limpios; tendrán así más respeto para consigo mismos, en esas condiciones, por la sencilla razón que involuntaria-

mente y por instinto, ponemos todas las cosas en relación con nuestra persona y todo lo que depende de nosotros. Sin detenernos en los detalles del vestido, diremos que no deben ser disparatados; y que casi sin pensarlo, ponemos mayor cuidado en nuestro lenguaje, cuando el medio parece exigirlo, y es más fácil pensar grandes cosas en presencia de un espectáculo grandioso. De la misma manera, tenemos con más facilidad sentimientos dignos y nobles, cuando nada en nuestro exterior nos pone en un estado real y humillante de inferioridad.

Según el principio enunciado desde las primeras páginas de este estudio, todo lo que eleva la inteligencia, debe contribuir á levantar el carácter; los estudios deben ser, pues, un gran recurso. La literatura que enriquece la imaginación, depura el gusto y embellece la razón; las ciencias naturales que á cada instante nos colocan en presencia de admirables espectáculos creados para nosotros; las matemáticas, que con su precisión pueden desarrollar la precisión y sagacidad del espíritu, y sobre todo la filosofía, que puede ser la única que dé al espíritu su verdadera medida; todo debe concurrir al objeto indicado. Pero debemos hacer mención especial de los estudios históricos, aunque sólo sea por los nobles ejemplos que con frecuencia nos proporciona la historia de las naciones. Sin hablar de los grandes hombres en particular,

y limitándonos solamente á los pueblos, observaremos que todos sin excepción tienen un sentimiento que honra : el patriotismo. Es, por decirlo así, la dignidad humana multiplicada, puesto que es la dignidad de cada uno, resultante y contribuyente á la dignidad de todos. ¿ Quién no admira esa maravillosa atención de la Providencia en provocar, por todos los medios, el progreso de la humanidad ?

El hombre, cualesquiera que sean sus esfuerzos y sus triunfos personales, no deberá caminar nunca aislado á su perfeccionamiento moral ; deberá hacer de su honor, el honor de todos los que pisan el mismo suelo, y no gozar de él, sino cuando haya gozado la madre patria. ; Ah ! sin duda alguna, pueden resultar de esto faltas y aun crímenes tan grandes como el móvil que lo inspira ; pero es, porque nada es tan malo como el abuso, aun de las mejores cosas ; y es seguro que cuando respetamos en nosotros mismos, no sólo nuestra calidad de hombres, sino también, por ejemplo, nuestra calidad de franceses, damos un paso hacia adelante, elevamos nuestro carácter, hemos adquirido una nueva nobleza y una garantía más contra la bajeza.

Sin embargo, y debemos decirlo, los modelos que están cerca de nosotros nos estimulan con mayor eficacia que los modelos tomados á la historia. Que los maestros se muestren siempre dignos,

primero, por su gravedad externa, y en seguida, cuidando no tener familiaridades peligrosas, ni debilidades egoistas, ni concesiones inoportunas. Que sean dignos desaprobando siempre la adulación, autorizando la rectitud y llevando hasta el escrúpulo la cortesía con sus alumnos ; en consecuencia, lo repetimos, no dejándose nunca arrebatar por la cólera. En todas las cosas, deben considerarse como modelos á quienes los alumnos copian, y este es un honor terrible que impone serios deberes, permitiendo esperar útiles resultados. Si es verdad que el expectador, frente á una incomparable estatua antigua, se siente involuntariamente llevado á tomar una actitud más noble y menos indigna del dios que tiene frente á él, creemos también, que esos modelos vivos inspirarán sentimientos dignos y nobles á quienes los contemplan.

comprometen la fuerza; pero si no todas están igualmente dotadas, todas sí son susceptibles de mejoramiento' ó desarrollo, lo cual es la obra propia de la educación.

Así como no se pide al horticultor más que sacar el mejor partido posible de las semillas ó plantas de que dispone; así á los maestros se les pide únicamente que no dejen perecer ninguno de los gérmenes, ninguno de los elementos que concurren á la firmeza del carácter; y como la Providencia no rehusa nunca de una manera absoluta los dones necesarios, aun cuando algunas veces los concede con mucha parsimonia, se sigue de ahí que siempre hay algo que desarrollar. Bastará quizá buscar atenta y pacientemente ese embrión casi imperceptible; habrá por el contrario mucho que destrozar en los tupidos ramajes que todo lo invaden; pero esta es propiamente, lo repetimos, la obra de la educación; y sobre todo el caso de acordarse con La Bruyere, que: « si algunos hombres no progresan en el bien tanto como pudiera desearse, es por el vicio de su primera educación. »

Distingamos ante todo cuidadosamente la firmeza, sea de la violencia, sea de la obstinación. La firmeza es la perseverancia animosa y calculada de aquel que ha reflexionado y haya resuelto. Para éste, según el pensamiento del mismo La Bruyere,

CAPÍTULO II

DE LA FIRMEZA DEL CARÁCTER. — LO QUE PUEDE
DESARROLLARLA

I

Los principios. — La primera educación

No basta que un carácter sea digno, es preciso que sepa conservarse digno. Si ese resorte que lo levanta, flaquea á cada presión exterior, ó tiende por sí mismo á doblegarse bajo la acción del tiempo, ¿qué importa ese primer movimiento, ese arranque espontáneo que la debilidad ó la inconstancia rebajan ó destruyen? Es preciso, pues, ocuparse en dar consistencia al carácter para que sea siempre lo que debe ser, y una de las preocupaciones necesarias de los padres y maestros es contribuir á ello en la medida de sus fuerzas. Sin duda alguna hay naturalezas que no es fácil fortificar contra los desfallecimientos, y hay otras que sería difícil prevenir contra las exageraciones que

« los accidentes, aun mortales, son un inconveniente, pero no un obstáculo. » Va á su fin sencillamente porque el deber le impone que vaya y camina sin titubear y sin fanfarronadas. La violencia es la explosión de aquel que no es ya dueño de sí mismo en presencia de los obstáculos que quiere superar. La obstinación es por el contrario la concentración absoluta de todas las facultades en aquel que no ve ni oye nada, ni quiere ver ni oír nada, por satisfacer un capricho aun á costa de la justicia ó del sentido común. Esto en cuanto al fondo; en cuanto á la forma, la voluntad puede manifestarse modestamente ó con arrogancia, con dulzura ó con dureza. Compréndese sin trabajo, que por una parte, la forma no debe echar á perder el fondo, y por la otra que no es en la obstinación ni en la violencia donde debemos buscar la firmeza. No hay hombre más débil que el hombre expuesto á las reacciones que se siguen á la ira; no hay peor abuso de la fuerza que el que consiste en ponerla al servicio de un capricho absurdo. La moderación, ya sea en las ideas, ya en la manera de sostenerlas, es la mejor señal y la garantía más segura de la firmeza.

Quando se trata de desarrollar la firmeza por medio de la educación, como cuando se trata de otra cualidad cualquiera, la primera responsabilidad está en los padres. Sobre todo en la edad

temprana, se comprende por qué se manifiestan los caprichos absurdos de que hemos hablado, y también, aunque con más rareza, la pusilanimidad.

Creemos que por notables que sean las obstinaciones de un niño, no pueden oponerse á la firme resolución de una persona de mayor edad. Si ésta (y no es mucho exigir) tiene suficiente sangre fría y paciencia para dejar al niño desquitar toda su ira, por medio de ese estruendoso ejercicio vocal con el que manifiesta su descontento, y que pronto le fatigará; si le deja enfurrñarse en el aislamiento sin aparentar preocuparse, tendrá razón, porque en suma y sin hablar de otra cosa, las horas son más largas para el niño que para el hombre formado. Lo esencial es cansarlo, y nos parece que en general esto es muy fácil, por poco que se abstenga uno de impresiones ridículas de sensibilidad ó de impaciencia.

Es además indispensable recordar que estos caprichos, que algunas veces ponen la paciencia de los padres ó de los maestros á dura prueba, pueden no ser después de todo, más que la exageración ó el empleo inoportuno de una cualidad preciosa: la perseverancia.

Sin duda alguna es difícil, y aun desagradable, tener que contener excesos; pero si no hubiese en un carácter ningún fondo de energía de voluntad en el que pudieseis trabajar, os encontraríais en

presencia, no de una dificultad ó de una contrariedad, sino de una imposibilidad, porque no se edifica en el vacío, ¿ cuál es pues preferible ?

Así, pues, no os espantéis, no os afectéis vivamente porque vuestro hijo ó alumno sea caprichoso, esto prueba que será capaz de esfuerzos y de constancia; los buenos sentimientos y las intenciones honradas que hayáis esculpido en esa piedra dura no se borrarán. De él podéis esperar las afecciones duraderas, los sacrificios, las grandes resoluciones y el heroísmo. Tratad con respeto á la vez que con firmeza, esa naturaleza fuertemente dotada que puede ser muy poderosa para el bien y temible para el mal. Tendréis que reprimir algunas veces los extravíos de ese carácter y seguramente deberéis hacerlo con decisión y energía; pero será necesario ante todo dirigirlo, sacando partido de lo que de otra manera sería un obstáculo. De todos modos, esa educación tendrá que ser la obra de un maestro.

En cuanto á la pusilanimidad, aunque más excusable, es más temible. La forma más común que reviste, es el miedo propiamente dicho, ese temor instintivo que embrolla en un instante todas las ideas. Con frecuencia, en el hombre formado, eso es sólo el extravío de un temperamento mal equilibrado, al que las impresiones más diversas pueden sacudir hasta el exceso, alternativamente; entonces es más bien una insuficiencia física, y la higiene

debe contribuir para llevar el remedio. Pero esto es verdad, sobre todo en los niños. No están todavía en la edad, en que la vida se desarrolla poderosamente y de manera que puedan combatirse ó dominarse las enfermedades congénitas; hasta en el sueño pueden creerse perseguidos por alucinaciones espantosas y hasta la obscuridad les ocasiona algunas veces ese desorden nervioso. Puede también ser el resultado de esos cuentos horriblemente sobrenaturales, de los que, con tanta torpeza, se hace un espantajo ó un medio de educación; y entonces, los padres y criados tienen una gran responsabilidad.

En todo caso, es preciso tener mucho cuidado para remediar este mal. Cuando se trata de temores imaginarios, se deben proporcionar al niño ocasiones frecuentes en que observe que sólo él es quien se preocupa; y lo observará mejor si no se le dice directamente. Sólo después de una sucesión bastante prolongada de ejemplos de ese género, se podrán ensayar algunas experiencias, prefiriendo siempre, que él mismo se convenza, pues creemos que ensayos violentos é impuestos, no tendrían buenos resultados.

Otra forma de la debilidad del carácter que puede manifestarse junto con la precedente, pero que no se observa á primera vista, es la falta de constancia, el desaliento en presencia de los pri-

meros obstáculos de cualquiera naturaleza que sean. Si no es efecto de ligereza ó vicio de temperamento, puede ser también consecuencia de una debilidad física. La languidez corporal disminuye inevitablemente la energía moral, y si algunas veces hay sobreexcitación artificial, esa sobreexcitación es más bien un indicio de debilidad que de otra cosa. Así, pues, muchas veces, algunos niños indolentes ó irresolutos dejarán de serlo, cuando un crecimiento muy rápido cese de agotar sus fuerzas físicas y de absorber su vitalidad. Sabed discernir esto, para no exigir lo imposible. Esta es una regla general, que no debe olvidar ningún jefe responsable, á cualquiera categoría que pertenezca, y cualquiera que sea la edad de sus subordinados.

Convendremos sin embargo en que este escollo no es el más común. Puede temerse mucho más el escollo opuesto, en el que caen los padres que, preocupados hasta el exceso por la salud de sus hijos, les prodigan cuidados exagerados, y temen á la vez, lo que pudiera comprometer su salud, y lo que contribuyera á fortificarla, como el ejercicio, un trabajo moderado, alimentos sanos, y menos temores á la intemperie de las estaciones. De hecho, según el pensamiento de Monseñor Dupanloup, puede suceder que un solo año de enfermedad ó de simple malestar comprometa

para mucho tiempo el carácter del niño, por los hábitos de molicie que le imprime.

Los padres deben, al ocuparse de sus hijos, no perder de vista que están expuestos á dirigirlos mal, por dos motivos. Primero, el sentimiento paternal ó materno ciega algunas veces respecto á los defectos de los niños; sobre todo... digámoslo con franqueza, si esos defectos son, como sucede casi siempre, una fiel reproducción. Además, ese amor paternal, que es tan legítimo y tan loable, puede degenerar en inconcebible debilidad y tolerar desórdenes, que sean más tarde la desgracia del niño.

Después de estas consideraciones, de las que algunas deben dominar todo lo que nos falta que decir, llegamos á los medios que la educación pública puede utilizar principalmente. Dicha educación comienza muy pronto en nosotros; los padres, por lo regular, se desprenden desde muy temprano de esa carga; no hablaremos pues, de ellos, sino muy incidentalmente, aun cuando casi siempre tengan que sacar partido de las observaciones que presentamos á sus reemplazantes. Entre los principales recursos de que dispone la educación para desarrollar la firmeza del carácter, contamos: la disciplina y el trabajo; la austeridad compatible con las circunstancias; la lucha contra las pasiones; la prueba del sufrimiento físico y moral, y el sentimiento religioso

II

La disciplina y el trabajo

En toda educación es necesaria la disciplina, es decir, la sujeción del niño á ciertas costumbres regulares, necesarias para la buena educación privada, y sobre todo para la educación pública.

Es evidente que si el niño las soportase como un yugo odioso, que sacudiría muy pronto, y bajo el cual no se doblega sino por presión exterior, el beneficio que de ello resultaría para afirmar el carácter, sería muy poca cosa, por no decir nulo, porque se abandonaría entonces con languidez resignada, causa segura de molicié por costumbre.

Pero supongamos á un niño ó á un joven, que de buena voluntad se presten á la acción de la disciplina, y afirmamos que pronto adquirirán una gran solidez.

¿De qué se trata pues? De enseñar al niño á querer con perseverancia; es decir, á pesar de los obstáculos ó tentaciones de desalientos. Así pues, ¿quién admitirá nunca que la campana ó el tambor resuene agradablemente en los oídos del escolar, ya sea que se trate de poner término á una recreación estruendosa, ó á una charla agradable, ya sea que tenga que dejar un trabajo comenzado ó

suspender la solución de un problema que le interese?

Nadie lo pone en duda, y hay en esto materia para toda clase de esfuerzos, y ¿en qué ejercicios se fortalecerá más la voluntad que en esa lucha cotidiana? El que haya sabido en esas innumerables ocasiones, querer lo que quería el reglamento, y quererlo sencillamente porque era el cumplimiento de un deber, ¿no se dispone maravillosamente para el porvenir, á no retroceder ante ningún esfuerzo, ante ninguna dificultad cuando la conciencia haya dejado oír su voz? Se halla tanto mejor dispuesto, porque un primer esfuerzo llama y facilita el segundo; y porque bajo la áspera corteza de ese fruto, encuéntrase un sabor incomparable que eleva, fortifica y atrae, y que, después de repetidos esfuerzos, el esfuerzo es solo uno, no cuesta nada y lleva en sí mismo su recompensa.

Se necesita además observarlo después de otros: un esfuerzo momentáneo casi siempre es fácil, porque es seductor y heroico, y por naturaleza casi siempre es corto. Un poco de exaltación, un relámpago de entusiasmo, y se llega como al asalto; sin embargo, dicho esfuerzo está expuesto á muchos riesgos, y en presencia del peligro, la actitud del hombre más honorable depende de muchas circunstancias que no puede dominar ni prever; y en esto convienen los más valientes; ¿Quién puede garantizarse contra los

efectos de la sorpresa, por ejemplo, de la sorpresa que con el miedo, y á menudo con el miedo, se apodera de improviso del organismo y lo derriba? Pues bien, contra ese peligro para la firmeza, como contra muchos otros y sobre todo contra la lasitud, nunca se encuentra uno suficientemente armado; y el que tiene más probabilidades serias de triunfar, es aquel que en vez de un esfuerzo momentáneo, hace esfuerzos constantes sobre sí mismo, lo cual es más difícil; el que está acostumbrado á mirar frente á frente el deber, y á asegurar su cumplimiento con rápida intuición por frecuente que sea.

¿Qué será pues si al vigor de la disciplina agregamos la virtud fortificante del trabajo que es la consecuencia necesaria? El trabajo ha llegado á ser un castigo desde la primera caída del hombre, y ninguno de nosotros ha vivido sin experimentarlo con más ó menos frecuencia. El trabajo ocasiona pues un dolor, y el que se somete valientemente á él desde la infancia adquiere una energía moral que no volverá á encontrar. Y esto es exactamente verídico, cualquiera que sea el trabajo á que uno se consagre, puesto que no hay trabajo sin esfuerzo de voluntad, y que así la voluntad se fortifica constantemente, como nuestros miembros, por medio del ejercicio. Por lo mismo en la educación debe uno preocuparse para no dejar inactiva ninguna

de las potencias del hombre; se debe aun hacer trabajar el cuerpo (paseos, carreras, ejercicios violentos, gimnasia, etc., etc.) Primero á causa de sus necesidades particulares, y después á causa de la influencia inevitable que su estado de fuerza ó de debilidad ejerza en el espíritu. Pero como dijimos en el capítulo precedente, la inteligencia es la que se debe hacer obrar, para que dirija útilmente las fuerzas que se le han confiado, y más que todas la voluntad que necesita no solamente fortificarse, sino aguerrirse.

Dijimos en uno de los primeros párrafos de este estudio, que la voluntad necesita ejercitarse para ser digna; pero lo necesita sobre todo para permanecer firme, por que ¿quién no sabe cuánta debilidad se apodera de un miembro cuando está condenado á la inacción?

Este trabajo de la voluntad consiste natural y principalmente en la aceptación de la disciplina como lo hemos dicho ya; pero un maestro atento debe buscar algo más. Á cada instante, el discípulo encuentra dificultades en su instrucción, no sólo por el trabajo que le cuesta, sino también porque su inteligencia, que sólo se desarrolla poco á poco, no consigue desde luego comprender. Si se inquieta uno en no dejarle renunciar á la tarea antes de haber hecho suficientes esfuerzos; si por la solución de una parte de la dificultad se le decide á

que busque por sí mismo la solución de lo que queda; si poco á poco se le proponen constantemente nuevos resultados que perseguir, evitando el disgusto y el cansancio, ¿ no se habrá fortificado poderosamente así esa voluntad que sólo quería obrar? No ignoramos que se necesita mucha mesura por temor de desalientos; educaciones muy bien comprendidas é incontestablemente muy bien llevadas á cabo, la de Pascal por ejemplo, tenían por principio fundamental poner siempre al discípulo por encima de las dificultades que se le proponían; de aquí debe deducirse por lo menos, que un nivel muy elevado sería ciertamente un obstáculo para el desarrollo de las facultades. Pero será preciso también acordarse y hacer comprender al niño que el fracaso en el objeto que se ha propuesto no es nunca un fracaso total. Ha progresado con sólo el hecho de haber hecho un esfuerzo, porque como lo dijimos ya, importa más aprender á querer enérgicamente el bien que adquirir el conocimiento especulativo de la verdad. Es también cierto, digámoslo de paso, que bajo el punto de vista de la inteligencia, el hombre adquiere por medio del esfuerzo, un desarrollo real; aun cuando no haya entrado en la plaza y solo conozca perfectamente los alrededores, si ha circunscrito el círculo de lo desconocido, y si por último, ha dado arranque á su espíritu, llegará sin apercibirse de ello, y la verdad le iluminará súbitamente, á conse-

cuencia de un trabajo latente que es más fácil hacer constar que explicar.

Lo esencial para el maestro consiste pues, en seguir detalladamente ese progreso de la voluntad, en sus alumnos; decimos detalladamente, porque si no tiene la abnegación necesaria para interesarse por cada uno de ellos, en la medida de sus fuerzas, no conseguirá gran cosa. Hay tierras y plantas, á las que no bastan las lluvias irregulares y el rocío del cielo.

Apenas si necesitamos decir, para terminar, que la firmeza del niño tiene por origen y por sostén indispensable la firmeza del maestro y de los padres, y la unificación en el mando. El niño debe convencerse de que se quiere obtener de él, *absolutamente*, la disciplina y el trabajo. Si tiene siquiera alguna incertidumbre, si sospecha siquiera que uno titubearía y que podría acabar por ceder, todo está perdido; ó se abandona á su apatía natural, ó pondrá lo que tenga de voluntad al servicio del desorden y de la rebelión, y entonces no adquirirá la firmeza que se desea. Por otra parte, esa incertidumbre de los niños, respecto al resultado final, es el alma de todas las resistencias y de todas las insubordinaciones; y además, ¿ cómo formar á los niños en una virtud que uno mismo no posee, y de la que no puede darse el ejemplo? Es también indispensable el apoyo moral y asegu-

rado de los padres. Si hay algunos que hayan comprometido con deplorables debilidades la primera educación de sus hijos, que se apresuren á poner su autoridad en manos más firmes.

Y que no se diga que el temor al maestro pueda ser causa de pusilanimidad. Si el maestro fuera una especie de salvaje, que obra por medio del terror, amenazando violentamente, ó ejecutando con rudeza ó brutalidad, eso sería exacto, sobre todo con niños jóvenes; pero razonamos en una hipótesis muy diferente, y entonces, así como la ley de la razón no rebaja los caracteres que á ella se someten, así también el temor respetuoso es un sostén contra las malas inspiraciones y no otra cosa, precisamente porque está de conformidad con la razón. Si se tratara de ese temor servil y bajo, que obra fuera de toda conciencia y sólo inspira hipocresía, sería muy diferente; pues ese sí rebaja el carácter; pero suponemos niños, á quienes se haya educado conforme á los principios del primer capítulo.

Desgraciadamente existen caracteres, á los que no será fácil inspirar dignidad, y para quienes el temor será un peligro más de debilitamiento; pero entonces: ó esos niños pueden ser educados sin ese medio y entonces no hay que emplearlo; ó el medio es indispensable, y entonces hay que emplearlo, como el menor mal.

III

La austeridad compatible con las circunstancias

Hemos dicho ya una palabra de la austeridad que debe presidir á la educación, á propósito de los cuidados excesivos que ciertos padres dan á la salud de sus hijos, ó en que los mantienen después de una enfermedad; pero es necesario volver á ese asunto, pues es muy importante. Que la molicie haga muelle el carácter: las palabras mismas nos dispensan de demostrarlo. En medicina, los amargos son en general fortificantes, esto es verdad no sólo en medicina; y en cuanto al carácter, cierta austeridad debe afirmarlo.

Felizmente, no faltan las ocasiones en la escuela ó colegio, para poder practicar esta que, gustosos, llamaremos *virtud*: los bancos no son muy muelles, las habichuelas no son golosinas tan apetitosas, y no siempre sopla en los patios ó galerías un cefirillo primaveral.

Pues bien, de todo eso, debemos felicitarnos, porque un niño que fuera muy sensible á todas esas molestias y les diese importancia, sería incapaz de llegar á esa virilidad que honra.

¿Cómo podrá tener firmeza en presencia del peligro, ó mantenerse en una línea de conducta que no podrá dejar sin deshonor, pero que estará

rado de los padres. Si hay algunos que hayan comprometido con deplorables debilidades la primera educación de sus hijos, que se apresuren á poner su autoridad en manos más firmes.

Y que no se diga que el temor al maestro pueda ser causa de pusilanimidad. Si el maestro fuera una especie de salvaje, que obra por medio del terror, amenazando violentamente, ó ejecutando con rudeza ó brutalidad, eso sería exacto, sobre todo con niños jóvenes; pero razonamos en una hipótesis muy diferente, y entonces, así como la ley de la razón no rebaja los caracteres que á ella se someten, así también el temor respetuoso es un sostén contra las malas inspiraciones y no otra cosa, precisamente porque está de conformidad con la razón. Si se tratara de ese temor servil y bajo, que obra fuera de toda conciencia y sólo inspira hipocresía, sería muy diferente; pues ese sí rebaja el carácter; pero suponemos niños, á quienes se haya educado conforme á los principios del primer capítulo.

Desgraciadamente existen caracteres, á los que no será fácil inspirar dignidad, y para quienes el temor será un peligro más de debilitamiento; pero entonces: ó esos niños pueden ser educados sin ese medio y entonces no hay que emplearlo; ó el medio es indispensable, y entonces hay que emplearlo, como el menor mal.

III

La austeridad compatible con las circunstancias

Hemos dicho ya una palabra de la austeridad que debe presidir á la educación, á propósito de los cuidados excesivos que ciertos padres dan á la salud de sus hijos, ó en que los mantienen después de una enfermedad; pero es necesario volver á ese asunto, pues es muy importante. Que la molicie haga muelle el carácter: las palabras mismas nos dispensan de demostrarlo. En medicina, los amargos son en general fortificantes, esto es verdad no sólo en medicina; y en cuanto al carácter, cierta austeridad debe afirmarlo.

Felizmente, no faltan las ocasiones en la escuela ó colegio, para poder practicar esta que, gustosos, llamaremos *virtud*: los bancos no son muy muelles, las habichuelas no son golosinas tan apetitosas, y no siempre sopla en los patios ó galerías un cefirillo primaveral.

Pues bien, de todo eso, debemos felicitarnos, porque un niño que fuera muy sensible á todas esas molestias y les diese importancia, sería incapaz de llegar á esa virilidad que honra.

¿Cómo podrá tener firmeza en presencia del peligro, ó mantenerse en una línea de conducta que no podrá dejar sin deshonor, pero que estará

llena de dificultades ó molestias, aquel que desde la infancia necesite el *confort* y se preocupe sólo por sus comodidades en una época en que apenas se pueden discernir? Es hasta importuno el cálculo reflexivo de esa clase de egoísmo, cuando por efecto de la edad, debería uno sentirse impulsado á movimientos generosos y espontáneos, que la razón debe arreglar sin suprimir. ¿ De qué esfuerzo, de qué virtud será capaz aquel á quien el temor de la fatiga, el cuidado de los vestidos y la simetría de su persona, impidiesen mezclarse en las diversiones estruendosas de sus camaradas? Si el menor cambio de temperatura lo dobliga ó lo fatiga, si el más pequeño malestar detiene el curso de sus recreaciones y de sus estudios, y lo confina á la enfermería, será una flor de invernadero, que seca y marchita el menor viento, y no tendréis que prever para él sino un círculo continuo de quejas y desfallecimientos, sin el menor esfuerzo, aun en favor de las causas más capaces de apasionar.

Es difícil imaginar un género de existencia en el que la impotencia, el ridículo y lo odioso se encuentran reunidos en alto grado. ¿ Cuán preferible es ese turbulento escolar, cuyas manos y rostro dejan sus huellas pintorescas sobre el pupitre, pero á quien su ardor por el juego hace pasar sobre el cansancio; aquel á quien una ligera avería en las rodillas ó en las manos no impide seguir la

carrera en que cayó, y aquel que no se precia de conocimientos culinarios y devora sin pensar lo que come! Si alguna vez, más tarde, tiene que imponerse un sacrificio; si debe exponerse á largas y crueles fatigas, cuando la patria lo llame á su defensa; si la pobreza viene á sentarse á su hogar; ¿ no estará ya dispuesto á sufrirlo todo y sin quejarse? ¿ no será ya un hombre?

Esé, como todos los otros, tendrá que vivir más tarde, cualquiera que sea su condición, en un medio de atmósfera de lujo relativo y de goces á todo costo, al que nadie escapa. Las ciudades, sobre todo, multiplicarán bajo sus pasos las ocasiones de placeres fáciles que debilitan, y si no se cuida, se verá tentado á abandonarse á ese torrente que arrastra la dignidad, la virilidad y algunas veces; Dios nos guarde! la vida de las naciones; pero cuando se presente ese género de vida, que nada detiene, y suponiendo que se entregue á ella, no será tan completamente ni de una manera definitiva. Cuando llegue la edad de las enfermedades, no las habrá agravado con el enervamiento del placer, con la multiplicación de necesidades artificiales y con la imposibilidad de sufrir; y esta es una superioridad incontestable que tendrá sobre el afeminado de colegio.

Llamamos muy seriamente la atención respecto á ese punto, pues nada expone tanto la *virtud* de

los niños como la molicie. En primer lugar, aquel que se concede todos los goces permitidos ó no culpables, será muy débil cuando se trate de rehusarse los que le están prohibidos; pero además, creemos saber que para ciertos temperamentos más nerviosos y más excitables, que tanto abundan ahora, hay hasta un peligro inmediato y real en ciertos cuidados excesivos de *toilette* ó de la cabellera. Y como los niños no se dan todavía cuenta de esas cosas, ni aun bajo el punto de vista de la conciencia, y como nada expone tanto la fuerza del temperamento y el vigor del carácter, esto debe ser un motivo suficiente para dedicarle toda la atención posible.

¡ Que se tengan cuidados excesivos, sobre todo para las niñas, ya suficientemente en peligro de llegar á ser verdaderas sensitivas! Para ellas serán más tarde, más frecuentes las incomodidades, más serios los peligros; y con la molicie las predisponéis mal para esas duras pruebas. Y eso sería envenenar á la vez que su existencia, la existencia de aquel con quien se unan. Cuando, á consecuencia de costumbres adquiridas desde temprano, sólo busquen en el porvenir la satisfacción de todas sus comodidades, ¡ á qué espantosa decepción las expondréis si no tienen nada de lo que se necesita para resignarse, y para conservar la igualdad de ánimo y el rostro sonriente que todos deseamos ver en nuestro derredor!

IV

La lucha contra las pasiones

Cuando el niño ó el joven ha combatido la tendencia á hacer su propia voluntad, el arranque involuntario que le aleja del trabajo, y el impulso natural de todo lo que halaga y contenta sus deseos, ha hecho ya mucho para la formación de su voluntad. Le queda sin embargo mucho que hacer todavía, debe luchar contra sus pasiones propiamente dichas, contra esas explosiones de orgullo, de cólera y de sensualidad que son tan terribles. Estos son enemigos que se disfrazan y cuyos proyectos es preciso desenmascarar, proyectos que tienen el privilegio de seducir y que es preciso combatir.

Los antiguos decían que el que sabe vencerse es más fuerte que el que toma ciudades y fortalezas. ¿ Quién de nosotros no conoce esa ruda experiencia? ¿ Quién no ha tenido que luchar muchas veces, y desgraciadamente, con la certidumbre de que la lucha no se acabará nunca? No es este lugar para extenderse respecto á semejante asunto; pero se nos permitirá observar de paso, que precisamente esa lucha contra las inclinaciones desarregladas, es la que distingue al hombre del animal. Importa mucho persuadir á los jóvenes

los niños como la molicié. En primer lugar, aquel que se concede todos los goces permitidos ó no culpables, será muy débil cuando se trate de rehusarse los que le están prohibidos; pero además, creemos saber que para ciertos temperamentos más nerviosos y más excitables, que tanto abundan ahora, hay hasta un peligro inmediato y real en ciertos cuidados excesivos de *toilette* ó de la cabellera. Y como los niños no se dan todavía cuenta de esas cosas, ni aun bajo el punto de vista de la conciencia, y como nada expone tanto la fuerza del temperamento y el vigor del carácter, esto debe ser un motivo suficiente para dedicarle toda la atención posible.

¡ Que se tengan cuidados excesivos, sobre todo para las niñas, ya suficientemente en peligro de llegar á ser verdaderas sensitivas! Para ellas serán más tarde, más frecuentes las incomodidades, más serios los peligros; y con la molicié las predisponéis mal para esas duras pruebas. Y eso sería envenenar á la vez que su existencia, la existencia de aquel con quien se unan. Cuando, á consecuencia de costumbres adquiridas desde temprano, sólo busquen en el porvenir la satisfacción de todas sus comodidades, ¡ á qué espantosa decepción las expondréis si no tienen nada de lo que se necesita para resignarse, y para conservar la igualdad de ánimo y el rostro sonriente que todos deseamos ver en nuestro derredor!

IV

La lucha contra las pasiones

Cuando el niño ó el joven ha combatido la tendencia á hacer su propia voluntad, el arranque involuntario que le aleja del trabajo, y el impulso natural de todo lo que halaga y contenta sus deseos, ha hecho ya mucho para la formación de su voluntad. Le queda sin embargo mucho que hacer todavía, debe luchar contra sus pasiones propiamente dichas, contra esas explosiones de orgullo, de cólera y de sensualidad que son tan terribles. Estos son enemigos que se disfrazan y cuyos proyectos es preciso desenmascarar, proyectos que tienen el privilegio de seducir y que es preciso combatir.

Los antiguos decían que el que sabe vencerse es más fuerte que el que toma ciudades y fortalezas. ¿ Quién de nosotros no conoce esa ruda experiencia? ¿ Quién no ha tenido que luchar muchas veces, y desgraciadamente, con la certidumbre de que la lucha no se acabará nunca? No es este lugar para extenderse respecto á semejante asunto; pero se nos permitirá observar de paso, que precisamente esa lucha contra las inclinaciones desarregladas, es la que distingue al hombre del animal. Importa mucho persuadir á los jóvenes

de que para ellos, este es el medio infalible de elevarse y afirmarse.

Vengamos á la aplicación. Seguramente no es firme é inquebrantable aquel á quien el elogio puede seducir y embriagar, ó la injuria desconcertar; pues para el orgulloso, lo esencial es satisfacer su vanidad, y el que sabe halagar su amor propio estará siempre seguro de hacerlo capitular. Si, el orgullo es una debilidad, y ¿quién de nosotros no se ha permitido alguna vez la diversión poco caritativa de hacer la prueba en otro, cuando nos prometíamos tener razón de sus feroces resistencias, de hacer sonreír su rostro hurraño y aun de triunfar de sus demás pasiones acariciando ésta? Y esto es exacto, ya sea que obre por pequeñeces de vanidad, ya por oleadas del orgullo propiamente dicho, del orgullo despreciativo y altanero. ¿Estará pues en plena posesión de sí mismo y conservará la medida única que constituye la verdadera fuerza, aquel que se embriaga con su excelencia tanto que todo lo sacrifica á ella? No hay punto de apoyo sólido fuera de la justicia, y no conocemos hombres más dispuestos á pisotear la justicia que los orgullosos. Así es que cuando se sienten en ese terreno movedizo, podrán á fin de estar en pie hacer, si queréis, prodigios de energía y habilidad; pero si no quieren sentirse derribados por una obstinación ciega, deberán ceder fatalmente, y esto será lo más acertado aun cuando cueste á su

orgullo. Todo el mundo sabe además que nada desanima tanto en una empresa como las dificultades encontradas, después de fanfarronerías que hacen ridículo en caso de fracaso; mientras que la modestia del que hace lo que puede sólo compromete su amor propio, hasta donde es preciso para animarlo, é interesa á quien lo ve en la obra.

Como dijimos al principio, la violencia no es la firmeza, como tampoco la arrogancia es dignidad. Los niños están más expuestos que nadie á ese extravío de carácter, y precisamente es ese un signo de debilidad, porque, como lo hace notar Monseñor Dupanloup, en su libro sobre la educación, los niños débiles son necesariamente como niños violentos. Esto se comprende y vamos á permitirnos justificar el pensamiento del gran escritor. Quiere decir que el que es blando y débil podrá ser violento, y lo será precisamente porque es blando y débil. Recíprocamente, de una manera más general, puede decirse que el que es violento, será débil por la misma razón. Y he aquí por qué: el que es blando tiene evidentemente menos trabajo para abandonarse á un acceso de furor que le hace perder el gobierno de sí mismo, y le cuesta más soportar con calma lo que importuna su quietud; así como á un jinete le cuesta más trabajo contener á un caballo vicioso que soltarle la rienda. Y que no se diga que se necesita fuerza para arrebatarse;

pues este recurso se encuentra en el fondo de cada naturaleza sin excepción, y forma, permítasenos la palabra, parte del animal, es la rebelión instintiva de la vida contra la muerte; á nadie le falta, pero no constituye la fuerza humana, pues ésta está contenida y dirigida en la condición indispensable de su existencia y de su utilidad. Una comparación explicará mejor nuestro pensamiento: si el vapor de una máquina en lugar de estar contenido y dirigido hacia el émbolo, hiciese estallar la caldera, ¿no perdería la máquina en esos momentos toda su fuerza? Sería un peligro evidente ante todo para el que la gobernase; pero repetimos que su fuerza se perdería en el momento mismo de la explosión. De la misma manera que la locomotora, el organismo humano no está destinado á estallar y á ser destruído, sino á caminar y á obrar, y si hay alguna comparación exacta, es esta, puesto que con frecuencia la fuerza interior se va con las palabras violentas y las manifestaciones exteriores.

Y de hecho hay mucho menos energía moral en dejarse arrebatar por un acceso de violencia y de cólera que en contener un sentimiento que se compromete y se debilita necesariamente con esa explosión inconsiderada y seguida de una reacción inevitable. Recuérdese aquel atleta de la antigüedad, que llevaba un objeto frágil dentro del puño cerrado, y desafiaba á su adversario, ya á que le hiciese abrir el puño, ya á que le comprimiese los

dedos de manera que rompiesen lo que éstos protegían.

Tener la mano cerrada, es cosa muy sencilla; pero conservarla cerrada contra todo esfuerzo, sin apretar, es cosa poco común. La verdadera fuerza es la fuerza contenida y dueña de sí misma; que se enseñe á los niños para que éstos se den cuenta de que los esfuerzos empleados no serán nunca inútiles.

Los consejos que deben darse á los jóvenes, respecto á la voluptuosidad, son más delicados y difíciles, por la razón evidente de que lo esencial consiste en no enseñar al niño nada de lo que no sabe; pero cuando se trata de alguno bien informado, es preciso advertirle que ningún decaimiento de la voluntad es comparable al decaimiento del libidinoso, porque no hay ser más tiranizado que él.

No hay debilidad ni baja, por vergonzosa que sea, á la que no acabe por resignarse estúpidamente, tan incapaz así es de luchar, cuando ha contraído una costumbre. Así es, que se hace necesario á toda costa evitar las primeras caídas; por lo menos conjurar las recaídas, y si no se puede conjurarlas totalmente, alejarlas por lo menos.

Como es necesaria mucha buena voluntad en el niño, es necesaria también mucha paciencia en el maestro, para que éste no se desaliente y tenga en

cuenta todos sus esfuerzos. No es aquí el lugar propio para hablar de las consecuencias físicas que hay que entrever, ni de los medios preventivos que deben emplearse, como el ejercicio corporal, la distracción continua del espíritu, etc., etc. Nos contentaremos con agregar, que aun para los niños cuyo candor está fuera de duda, hay peligros serios en una inclinación viva hacia un discípulo, cuando dicha inclinación puede atribuirse á motivos frívolos y se manifiesta de una manera apasionada.

Regularmente es que se despierta un instinto confuso, y cuyo peligro no disminuye con cierta buena fé.

Prevéngase amigable y prudentemente á esos niños; la prohibición y la amenaza son como aceite arrojado al fuego; no lleguéis á esos extremos sino en caso de peligro cierto y formal. De todos modos, para esos niños, ninguna lucha es tan difícil como esa; pero tampoco ninguna es tan fortificante, y por eso debe animarse.

V

La constancia en el sufrimiento

Ninguna edad se halla libre del sufrimiento; muchas veces; ay! hemos podido ver cuerpecitos débiles y enfermizos, torturados por atroces dolo-

res físicos, y corazones que parecían preservados por los años, destrozados por terribles pesares. Entonces, es cuando los padres y maestros deben apelar á toda su razón y á sus sentimientos de ternura y de fuerza, para que, por una parte, esos niños se sientan aliviados y consolados, y para que por la otra, esas pruebas decisivas no pasen inútilmente por sus almas.

Los buenos resultados se pagan demasiado caros, para que no se les sacrifiquen esas pruebas; pues aseguramos que se obtienen excelentes resultados.

Vigilad los sollozos del niño, es la vibración del acero que se temple, no comprometáis con vuestra incuria tan importante operación. Evidentemente, que los cuidados del educador deben variar como la ocasión que los provoca; entremos en algunos detalles.

Podemos clasificar en el número de los pesares más vivos del niño, la repulsión que le manifiesten sus discípulos, las intriguillas y cábalas de que fuera objeto, y que acabarían por aislarle. Seguramente que nuestro primer deber consiste en iluminar su inexperiencia, en buscar con él el origen de esas desazones, en enseñarle á ser más reservado, quizá menos inhábil para el porvenir; pero también tenemos la obligación de sostenerle.

Participemos de su pena, cuidando de no excitar

cuenta todos sus esfuerzos. No es aquí el lugar propio para hablar de las consecuencias físicas que hay que entrever, ni de los medios preventivos que deben emplearse, como el ejercicio corporal, la distracción continua del espíritu, etc., etc. Nos contentaremos con agregar, que aun para los niños cuyo candor está fuera de duda, hay peligros serios en una inclinación viva hacia un discípulo, cuando dicha inclinación puede atribuirse á motivos frívolos y se manifiesta de una manera apasionada.

Regularmente es que se despierta un instinto confuso, y cuyo peligro no disminuye con cierta buena fé.

Prevéngase amigable y prudentemente á esos niños; la prohibición y la amenaza son como aceite arrojado al fuego; no lleguéis á esos extremos sino en caso de peligro cierto y formal. De todos modos, para esos niños, ninguna lucha es tan difícil como esa; pero tampoco ninguna es tan fortificante, y por eso debe animarse.

V

La constancia en el sufrimiento

Ninguna edad se halla libre del sufrimiento; muchas veces; ay! hemos podido ver cuerpecitos débiles y enfermizos, torturados por atroces dolo-

res físicos, y corazones que parecían preservados por los años, destrozados por terribles pesares. Entonces, es cuando los padres y maestros deben apelar á toda su razón y á sus sentimientos de ternura y de fuerza, para que, por una parte, esos niños se sientan aliviados y consolados, y para que por la otra, esas pruebas decisivas no pasen inútilmente por sus almas.

Los buenos resultados se pagan demasiado caros, para que no se les sacrifiquen esas pruebas; pues aseguramos que se obtienen excelentes resultados.

Vigilad los sollozos del niño, es la vibración del acero que se temple, no comprometáis con vuestra incuria tan importante operación. Evidentemente, que los cuidados del educador deben variar como la ocasión que los provoca; entremos en algunos detalles.

Podemos clasificar en el número de los pesares más vivos del niño, la repulsión que le manifiesten sus discípulos, las intriguillas y cábalas de que fuera objeto, y que acabarían por aislarle. Seguramente que nuestro primer deber consiste en iluminar su inexperiencia, en buscar con él el origen de esas desazones, en enseñarle á ser más reservado, quizá menos inhábil para el porvenir; pero también tenemos la obligación de sostenerle.

Participemos de su pena, cuidando de no excitar

contra él nuevas desconfianzas, ni animosidades nuevas, y demostrémosle que no debe conmovirse con exceso. La imaginación se exalta muy pronto, sobre todo en esa edad; que no se imagine pues, ver una amenaza en cada mirada, un insulto en cada sonrisa, ni un ataque en cada palabra que no haya sido suficientemente comprendida.

Cuando haya sido llevado poco más ó menos al nivel de la realidad, será menos difícil hacerle ver, que si no debe tomar una actitud provocadora, debe mucho menos aparecer como un condenado á muerte; decidle que una actitud más independiente, y sobre todo menos impresionable, desconcertará más que su aspecto desgraciado, á los implacables. Decidle también que, después de todo, es una tempestad; que una tempestad no dura mucho, que debe ver llegar el momento de la calma, y gozar de él de antemano; que cuando llegue ese momento se admirará, y quizá hasta se avergüence de haberse afectado por tan poca cosa. Agregad que es necesario dejar que pase esa tempestad sin asustarle y sin apesadumbrarlo, pues el árbol no ha de desarraigarse; y que si el árbol pierde algunas hojas, el inconveniente se compensará con la abundancia de savia y la solidez que la agitación procura á las ramas sacudidas con mayor fuerza.

Una comparación de sus pruebas del momento con las de tal ó cual persona que conoce, ó con

algún personaje histórico, cuyo estado tenga alguna semejanza con el suyo, contribuirá á que no haga caso de esas pequeñas contrariedades, cuando son tan pequeñas comparadas con otras. Decidle, si es necesario, que el hombre debe estar pronto á recibir todo lo que la Providencia le envíe; que más tarde, tendrá que sufrir otra clase de ataques, que su posición podrá imponerle la indiferencia frente á otros más graves, y la sangre fría frente á responsabilidades más aterradoras. Preguntadle qué haría, si tuviera que luchar en un campo de batalla, si fuera necesario que escuchase sin pestañear, el silbido de las balas ó la explosión de las bombas, si tuviese que gobernar un reino é impedir que se derrumbase.

Si llega á la adolescencia ó pasa ya de ella, es imposible que esas consideraciones apremiantes no le levanten y le den nuevas energías. Después, cuando haya pasado la tormenta, volvedle con delicadeza á esos recuerdos, para preguntarle si no estabais en vuestro derecho, suplicándole que no se dejase abatir y que esperase digna y firmemente el fin.

Entonces será cuando podáis hacer constar el progreso obtenido, y quizá éste se establezca, porqué nada asegura tanto la marcha para el porvenir, como una experiencia de ese género, cuando se pueden hacer palpar los resultados adquiridos.

¿Qué gran progreso se ha obtenido, cuando, por

ejemplo, ha soportado ese ataque con constancia, siendo así que una baja cualquiera lo habría hecho cesar? Porque ¡ay! no es inverosímil suponer, que algunas veces cesaría el ataque, si la víctima se acomodase á procedimientos ó costumbres que reprobaban la educación y la conciencia. ¡Cuántas veces en la vida, y en otro escenario, se reproducirán casi idénticamente las mismas situaciones! Y en los tiempos calamitosos en que vivimos (1870) ¿no hemos visto aumentar instantáneamente el partido del desorden, por el voto ó por la acción de muchas gentes, que se decían honradas, y que se atribuían el derecho de *aullar con los lobos*, para no exasperar cabezas demasiado vivas, y también ¡oh locura humana! para contenerlas ayudándoles? Estos no tienen todavía el cinismo de la cobardía, tengámosles en cuenta esta baja menos; pero ciertamente que, cuando en vez de contarse para unirse, prefieren caminar con la cabeza baja en seguimiento de aquellos de quienes son juguete, sus miserables y estúpidas habilidades no los salvarán del desastre ni de la vergüenza. Trabajemos para que las futuras generaciones den mejores pruebas de virilidad.

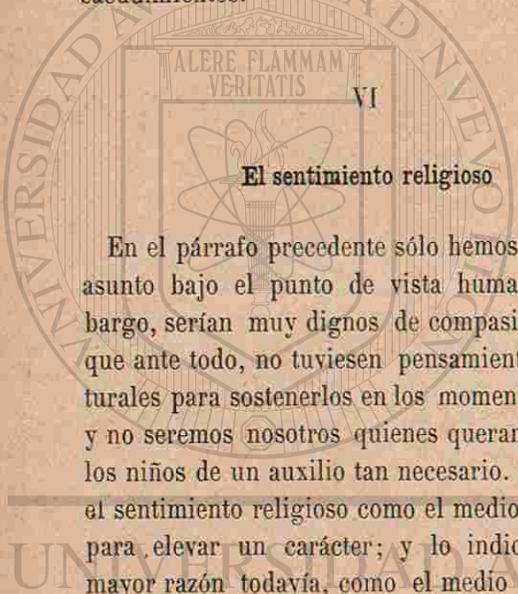
Además de lo anterior, el niño puede caer enfermo; puede ser cruelmente herido en sus afectos; su padre ó su madre pueden dejarle huérfano en los momentos en que esas vidas podían embe-

llecer ó facilitar la suya. ¡Ah! llorad con él, puesto que no podéis hacer otra cosa. Pero me equivoco, podéis hacer algo más; podéis darle ánimo. En la enfermedad, debéis hacerle dejar ver la curación ó el alivio; y esforzándoos por distraerle, presentarle consideraciones y ejemplos en relación con su estado, haciéndole ver también todo el mérito real y la virtud que cristianamente puede adquirir. En las pérdidas que le aflijan, debéis hablarle de la certidumbre que tiene de volverse á ver más tarde con sus deudos, mostrarle los que quedan cerca de él, y que á consecuencia de esa desgracia deben en lo sucesivo bastar á sus afectos.

Debe tener más calma y menos tristeza, para no aumentar su dolor; debe redoblar los procedimientos afectuosos y los esfuerzos al trabajo, para satisfacerlos y consolarlos. ¿No es este un alimento para su actividad y un sostén para su carácter?

No hay ningún maestro, que no sepa estas cosas por sus propias desgracias, y que no encuentre en su corazón recuerdos capaces para conmover su sensibilidad, é inspirarle palabras firmes que el niño no olvidará nunca. No debe esperarse demasiado en semejantes casos para influenciar á los niños. Sin duda alguna, no hay que comprimir la explosión necesaria y crítica del primer momento, esto sería importuno y torpe; pero tan luego como parezca posible, díganse algunas palabras en el sentido indicado; poco á poco daréis nuevo arran-

que á esa alma que parecía abatirse; y gracias á vuestros cuidados, llegará á reconocer que en lo sucesivo le será difícil espantarse, puesto que ha atravesado semejantes momentos; y también detenerse, puesto que sigue su marcha después de tales sacudimientos.



El sentimiento religioso

En el párrafo precedente sólo hemos tratado este asunto bajo el punto de vista humano; sin embargo, serían muy dignos de compasión aquellos que ante todo, no tuviesen pensamientos sobrenaturales para sostenerlos en los momentos difíciles, y no seremos nosotros quienes queramos privar á los niños de un auxilio tan necesario. Hemos dado el sentimiento religioso como el medio más seguro para elevar un carácter; y lo indicaremos con mayor razón todavía, como el medio más seguro para afirmarlo.

En primer término, apenas necesitamos hacer notar que la lucha contra el mal bajo todas sus formas es la idea fundamental de la moral religiosa; que el evangelio nos habla en cada una de sus páginas de deberes austeros y difíciles; que en

consecuencia no hay nada que se acomode menos á la molicie que el sentimiento religioso; pero sobre todo, no lo olvidemos, puesto que se trata de afirmar y establecer sólidamente, debemos ante todo buscar una base inquebrantable, una base que pueda desafiarlo todo y de la que nunca se dude. Allí está toda la cuestión; porque tanto el niño como el hombre necesitan una *ultima ratio*, una razón postrera, sin la cual titubean y se detienen, y todos hemos podido observar muchas veces esos relámpagos de lógica que surcan la inteligencia de los niños, cuando se les pregunta algo que parezca inconsecuente.

Según el pensamiento de Lamennais, « el hombre no está dispuesto, naturalmente, á hacer al interés público los sacrificios que éste exigiese, como tampoco á admirar la belleza de una máquina que supiera iba á aplastarlo. » ¿Cómo esperar pues del niño el sacrificio más desinteresado y más difícil de su placer y de su bienestar, sin esa razón última indispensable, de la que acabamos de hablar y que no puede ser otra, sino la idea de Dios y la sanción de su justicia? ®

Ciertamente que no es esto bastante para oponer un freno eficaz á las pasiones egoístas y á las ambiciones, es decir para mantenerse con firmeza en la línea del deber, por grandes que sean los esfuerzos que tenga uno que hacer sobre sí

que á esa alma que parecía abatirse; y gracias á vuestros cuidados, llegará á reconocer que en lo sucesivo le será difícil espantarse, puesto que ha atravesado semejantes momentos; y también detenerse, puesto que sigue su marcha después de tales sacudimientos.

El sentimiento religioso

En el párrafo precedente sólo hemos tratado este asunto bajo el punto de vista humano; sin embargo, serían muy dignos de compasión aquellos que ante todo, no tuviesen pensamientos sobrenaturales para sostenerlos en los momentos difíciles, y no seremos nosotros quienes queramos privar á los niños de un auxilio tan necesario. Hemos dado el sentimiento religioso como el medio más seguro para elevar un carácter; y lo indicaremos con mayor razón todavía, como el medio más seguro para afirmarlo.

En primer término, apenas necesitamos hacer notar que la lucha contra el mal bajo todas sus formas es la idea fundamental de la moral religiosa; que el evangelio nos habla en cada una de sus páginas de deberes austeros y difíciles; que en

consecuencia no hay nada que se acomode menos á la molicie que el sentimiento religioso; pero sobre todo, no lo olvidemos, puesto que se trata de afirmar y establecer sólidamente, debemos ante todo buscar una base inquebrantable, una base que pueda desafiarlo todo y de la que nunca se dude. Allí está toda la cuestión; porque tanto el niño como el hombre necesitan una *ultima ratio*, una razón postrera, sin la cual titubean y se detienen, y todos hemos podido observar muchas veces esos relámpagos de lógica que surcan la inteligencia de los niños, cuando se les pregunta algo que parezca inconsecuente.

Según el pensamiento de Lamennais, « el hombre no está dispuesto, naturalmente, á hacer al interés público los sacrificios que éste exigiese, como tampoco á admirar la belleza de una máquina que supiera iba á aplastarlo. » ¿Cómo esperar pues del niño el sacrificio más desinteresado y más difícil de su placer y de su bienestar, sin esa razón última indispensable, de la que acabamos de hablar y que no puede ser otra, sino la idea de Dios y la sanción de su justicia?

Ciertamente que no es esto bastante para oponer un freno eficaz á las pasiones egoístas y á las ambiciones, es decir para mantenerse con firmeza en la línea del deber, por grandes que sean los esfuerzos que tenga uno que hacer sobre si

mismo : y cuando utopistas más ó menos sinceros nos hablan de moral independiente, ó como dicen con tanto cinismo, de moral efectiva, vemos con espanto la independencia de esa moral que todos modelan á su antojo, y pedimos las garantías del desinterés, con el cual cada uno inmolará efectiva y constantemente sus intereses á su conciencia y al bien público, cuando tenga libre campo para sus experiencias.

Sin duda alguna necesitamos firmeza contra los enemigos y los peligros exteriores ; pero no nos engañemos, la necesitamos sobre todo contra nosotros mismos ; y esto explica muchos ataques contra las verdades religiosas.

D'Alembert atribuye la irreligión « al deseo de no tener ya freno para las pasiones ».

Rousseau, por su parte, dice « que no se puede ser virtuoso sin religión, y que largo tiempo tuvo esa opinión engañadora de la que está desencantado ». Nos contentaremos con estos testimonios que nos dan el derecho de reivindicar para la educación de los niños lo que es indispensable para la conducta de los hombres, cuya inteligencia está sin embargo más desarrollada y más afirmada su voluntad.

Arquímedes pedía un punto de apoyo para levantar el mundo, nosotros lo pedimos para sostener las almas ; pero, y esta es una ley física, nosotros

como él necesitamos ese punto de apoyo en otra parte que no sea la tierra ó la humanidad, puesto que la humanidad es la que se trata de levantar : es preciso pues buscarle en Dios.

Y en esto no hay equivocación. Un sentimiento cualquiera de religiosidad y un deísmo vago son insuficientes. Según Mr. Bonald, « un deísta es un hombre que no ha vivido bastante tiempo para llegar á ser ateo ; » así pues el sentimiento religioso debe apoyarse en una noción precisa y personal de la divinidad, porque su intervención para ser eficaz, debe ser real y permanente ; lo cual no es posible, sino á condición de una especie de contacto, de coexistencia continua entre Dios y el alma. Este contacto, esta coexistencia, la tienen los católicos de una manera eminente, en el sacramento de la Eucaristía ; y las sectas disidentes pueden encontrarla más ó menos en lo que les queda de la doctrina católica. De todos modos, no hay palanca comparable á esta, mejor dicho es la única con la que se puede contar.

Según Montesquieu, « los suplicios no son capaces de imponer costumbres ; » pero lo que no pueden dar los suplicios, el temor de Dios y la confianza en Dios lo darán segura y soberanamente, es decir, con la solidez y la firmeza que forma el objeto de este estudio. Y he aquí por qué : el que teme á Dios, á nadie teme más que á él, porque todo

temor desaparece ante éste, como las estrellas ante el sol. El que tiene confianza en Dios, en la medida de sus promesas, sabe en caso necesario, no necesitar otro apoyo que el de Dios, porque sabe que Dios es el amo.

Así pues tenemos derecho para afirmar que el que teme á Dios y tiene confianza en él, ya sea hombre, mujer ó niño, es el hombre verdaderamente firme: *el héroe*. Sin duda alguna encontraréis actos de heroísmo, concebidos por el patriotismo, por el sentimiento de humanidad, por el amor de la familia; pero están más ó menos inspirados bajo el nombre de deber, por el sentimiento religioso, del cual está uno impregnado algunas veces sin sospecharlo; y en todo caso sostenemos que en ninguna parte se encontrará la inspiración tan cierta y tan eficaz, precisamente porque en ninguna parte se encontrarán razones tan decisivas.

¿Cómo, por ejemplo, el que cree en la inmortalidad del alma y en la justicia de Dios, el que cree no solamente de cualquiera manera, es decir sin pensar en ello, sino de una manera seria, reflexionando frecuentemente y haciendo que todo se dirija hacia ese objeto, cómo éste no se verá inquebrantablemente sostenido, ya sea contra sus debilidades personales, ya contra los ataques y las dificultades exteriores? ¿será posible que no esté más aguerrido para la lucha aquel que, en la soledad más absoluta, obra bajo las miradas de Dios, y que debe

luchar mejor que bajo las miradas humanas? ¿el que sabe que el más débil de sus esfuerzos será recompensado, y castigada la más ligera de sus faltas? ¿aquél, en fin, que sólo ve en el universo entero, vil polvareda en comparación de los bienes que espera, y en la más larga vida terrestre un parpadeo comparada con aquella que debe ser su recompensa?

Los hechos son bastante numerosos y decisivos, para confirmar de una manera brillante la teoría que acabamos de exponer. Allí está la historia del mundo, para atestiguar de qué heroísmo son capaces los pueblos ó los individuos impulsados por el sentimiento religioso. Es evidente, que según la mayor ó menor elevación de ese sentimiento, ó mejor dicho, según la mayor ó menor suma de verdades que constituyen el fondo, los resultados son más ó menos admirables; pero las obras más hermosas, los sacrificios más desinteresados, los actos de valor y paciencia más extraordinarios, son actos y obras de fe.

Y sin ir más lejos, nos parece que no pueden verse sin admiración ciertos rasgos de calma sobrehumana, de noble y paciente firmeza, en las mujeres sobre todo. La debilidad de su sexo, el vicio de su educación algunas veces, la costumbre del bienestar, con frecuencia, parecen establecer en ellas condiciones desfavorables para la constancia

del carácter, y sin embargo, excitan la admiración y el asombro, aun de aquellos que más las estiman.

Poseen una paz, que casi parece felicidad, en los momentos en que la amargura y las lágrimas las inundan; en que tienen el corazón desgarrado, y en que, por medio de sufrimientos físicos, se les arranca la vida. Los ejemplos abundan, y quisiéramos tener espacio para citar todos los que recordamos; y si hablamos de las mujeres, á propósito de la firmeza de carácter, es porque vemos allí un *á fortiori*; pero hay que saberlo bien, el verdadero cristiano teme á Dios y tiene confianza en él: por eso mismo es el hombre de valor y de firmeza por excelencia, y nada fuera de la fé puede sostenerlo así.

¿Quiere esto decir que para el hombre religioso sea imposible todo desfallecimiento, y que en particular, todos los niños educados en los principios de fé, bien comprendidos y sabiamente aplicados, estén garantizados contra cualquier abandono de la dignidad, del honor y del deber? Seguramente que no; no será tampoco preciso conspirar criminalmente contra sus convicciones y su honradez como sucede algunas veces por desgracia. Podrán caer vergonzosamente; pero el valor y la firmeza no sirven exclusivamente para impedir al hombre que caiga; pueden también tener el papel de levantarle, porque en definitiva el que tenga menos vigor é impulso, no tendrá fuerzas para proseguir

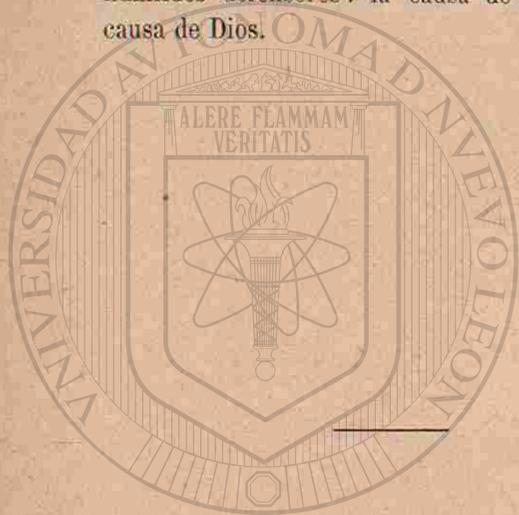
la marcha después de una caída, y sólo el remordimiento es bastante para que el hombre religioso sea superior á los demás.

Cuán sensible es que muchos hombres se priven de ese elemento de fuerza moral, y sobre todo que muchos jóvenes estén expuestos á ver en la práctica de su religión, una formalidad sin importancia, cuando lo mismo en el presente que en el porvenir, podrían encontrar allí lo que buscan en vano en otra parte: es decir, una base segura para resoluciones dignas y una garantía incomparable contra desfallecimientos que es preciso prever.

Resumiendo diremos que hay en la educación: lucha contra las repugnancias á la disciplina y al trabajo; lucha contra la inclinación á la molicie y contra las pasiones, y lucha contra la adversidad; pero en todas estas luchas que deben emprenderse desde niños y sostenerse casi sin interrupción, en una edad en que la sangre hierve y el cerebro arde, ¿encontrarán los maestros un apoyo, un estimulante, un freno más eficaz que el sentimiento religioso?

Todas las honorables personas que se dedican á la educación, saben cuán difícil es esta tarea; les suplicamos que llamen en su ayuda á la fé razonada y reflexionada; pero sobre todo á la fé que participen y practiquen; de otra manera se comprende que todo sería inútil.

Este es nuestro último voto, es también el más ardiente, unido al de servir por poco que sea con este escrito, á dos causas que honran á sus más humildes defensores: la causa de la patria y la causa de Dios.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HISTORIA DE LA PEDAGOGÍA

POR

GABRIEL COMPAYRÉ

EX-ALUMNO DE LA ESCUELA NORMAL SUPERIOR
ADJUNTO DE FILOSOFÍA, DOCTOR EN LETRAS
RECTOR DE LA ACADEMIA DE POITIERS
Y OFICIAL DE LA LEGIÓN DE HONOR

MATERIAS QUE CONTIENE ESTA OBRA :

La educación en la antigüedad. — La educación entre los Griegos. — La educación en Roma. — Los primeros cristianos y la edad media. — Renacimiento y teorías de la educación en el siglo XVI. — Erasmo, Rabelais, Montaigne. — Orígenes protestantes de la enseñanza primaria. Lutero, Comenio. — Las congregaciones enseñantes. — Jesuitas y Jansenistas. — Fenelón. — Filósofos del siglo XVII. — Descartes. — Malebranche, Locke. — La educación de las mujeres en el siglo XVII. Jacqueline Pascal y M^{me} de Maintenon. — Rollin. — católicos de la enseñanza primaria. — Rousseau. — sofos del siglo XVIII. — Condillac, Diderot, Helvetius. — Orígenes de la enseñanza laica y nacional en Francia. Chatelet y Rolland. — La Revolución francesa. — Talleyrand, Condorcet. — La Convención. Lepelle Fargeau, Lakanal, Daunou. — Pestalozzi. — Los doctores de Pestalozzi, Fröbel y el P. Girard. — La femenina. — La práctica y la teoría de la educación en el siglo XIX. — La ciencia en la educación : Herbert Spencer, Alejandro Bain.

4 vol. Cartón \$ 4.50
— Percalina \$ 4.75